

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**LA A-DICCIÓN DEL GOCE: DEL SILENCIO A LA
CREACIÓN UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA.**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN
PSICOLOGÍA**

P R E S E N T A

VERÓNICA MORALES ROMERO.

DIRECTOR: MTRO. JUAN CARLOS MUÑOZ BOJALIL.

REVISOR: LIC. BLANCA ESTELA REGUERO REZA.

C. U.

2013

Los enfermos y los médicos.

(Fragmentos)

La enfermedad es un estado,
la salud no es sino otro,
más desgraciado,
quiero decir más cobarde y más mezquino.
No hay enfermo que no se haya agigantado, no hay sano que un buen día
no haya caído en la traición, por no haber querido estar enfermo,
como algunos médicos que soporté.

He estado enfermo toda mi vida y no pido más que continuar estándolo,
pues los estados de privación de la vida me han dado siempre mejores indicios
sobre la plétora de mi poder que las creencias pequeño burguesas de que:

BASTA LA SALUD

Pues mi ser es bello pero espantoso. Y sólo es bello porque es espantoso.
Espantoso, espanto, formado de espantoso.

Curar una enfermedad es criminal
Significa aplastar la cabeza de un pillete mucho menos codicioso que la vida
Lo feo con-suena . Lo bello se pudre.

Pero, *enfermo*, no significa estar dopado con opio, cocaína o morfina.

Y es necesario *amar* el espanto de las fiebres.

la ictericia y su perfidia
mucho más que toda euforia.

—Antonin Artaud—

DEDICATORIAS

A la memoria de mi padre, por lo que el tiempo y la vida le permitieron compartir, por ser la persona que me impulsara a hacer algo distinto.

A mi abuelo, por heredarme el amor por la historia y por sus enseñanzas, gracias.

A mi madre por su apoyo en cada día de mi vida, por impulsarme siempre a seguir adelante, porque me enseñó que si me caigo me puedo levantar, por ayudarme y estar, pero sobre todo por su amor y cariño incondicional, ¡Te quiero mamá! ¡Gracias!

A Lourdes por estar conmigo y compartirme parte de su vida, por tener un corazón enorme que no le cabe en el pecho, por ser parte de mi fuerza en los momentos más difíciles de mi vida, porque esto no habría sido posible sin tu apoyo.

Porque más allá de una imposición elegiste ser mi hermano y compartir conmigo tantos momentos, algunos llenos de sol, otros de lluvia, algunos nublados y otros tantos llenos de color, pero siempre has estado ahí de la manera en que puedes hacerlo y por eso este trabajo también está dedicado a ti Jorge.

Y a mi sobrina por ser la niña que me roba una sonrisa y me regala tantos momentos llenos de cariño y amor.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco primero a mi familia, a mi mamá, a Lourdes, a Jorge y a Beto, por estar conmigo de la forma en que pueden estar, por apoyarme, por preguntar, pero sobre todo por brindarme su amor, su cariño y su paciencia.

A mis amigas-hermanas, quiero agradecerles su compañía en este trayecto, son las mujeres de mi vida, gracias por permitirme ser parte de su familia, por compartirme de su tiempo y de sus espacios, por dejar que aprenda de ustedes, por ser mis cómplices en tantas aventuras, gracias por tantos momentos que nos han permitido crear una historia. Este trabajo es parte de ustedes, las quiero: Jocelín, Dulce, Ana Laura y Judith.

Quiero agradecer muy especialmente Giovanna, Brisa, Roberto, Vianey, Ana Claudia, Marco, Alfredo, Viry, Tania, Yaz por su escucha, por sus comentarios y sus aportaciones en la realización de este trabajo y sobre todo por su acompañamiento y ayuda en este proceso, sus críticas fueron muy importantes, en la construcción de este trabajo.

He tenido la fortuna de encontrar a personas maravillosas en mi camino, que me han compartido y enseñado todo un mundo distinto. Chicos Universum y banda CR: Yoli, Rodrigo, Ricardo, Gaby chinitos, Gaby roja, Day, Jeny, Nata, Uriel, Isa, Chio, Cristal, Luisito, Violeta, Aura y Toñita, gracias ¡los quiero harto!

A Valeria, Gaby C, Jetza, Indira, Elita, Nancy, Ale, Danielito, Yeri, Carlos Chino, Anita, Ivoncito, Manuel, Gaby E, Jessy y Adriana personas con quien compartí tantos momentos, los llevo siempre en mi corazón.

Agradezco muy especialmente a Martha Licona, por permitirme estar en ese espacio de servicio donde comencé la construcción del conocimiento en la clínica.

A Marco Antonio Lopategui, por sus comentarios, aportaciones, lecturas, escucha, su acompañamiento en este trabajo ha sido fundamental.

También quiero mencionar a Berenice Mejía porque en su momento su escucha fue parte de este proceso, porque he aprendido no solo del aula y de los libros, sino de ese espacio en el consultorio donde logre mirar-me y apalabrar algo...

Agradezco enormemente al profesor Juan Carlos Muñoz Bojalil, a Asunción Valenzuela Cota, Patricia Corres, Martha Lilia Mancilla y muy especialmente a Blanca Estela Reguero, por sus comentarios, aportaciones y apoyo en la realización de este trabajo.

¡Embriáguese usted!

Hay que estar siempre ebrio. Todo está allí: es la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del tiempo que rompe las espaldas y las arroja hacia la tierra, hay que embriagarse sin tregua.

Pero ¿de qué? De vino, de poesía o de virtud, a vuestro gusto. Pero embriáguese usted.

Y si alguna vez, sobre los escalones de un palacio, sobre la hierba verde de un jardín, en la soledad de su cuarto, usted se despierta, la ebriedad ya disminuida o casi desaparecida, pida al viento, a la ola, a la estrella, al ruisenior, al reloj, a todo aquello que se fuga, a todo aquello que gime, a todo aquello que rueda, a todo aquello que canta, a todo aquello que habla, pregúntele que hora es; y el viento, la ola, la estrella, el ruisenior, el reloj os responderá: ¡Es hora de embriagarse! Para no ser el esclavo martirizado del tiempo, embriáguese usted sin cesar. De vino, de poesía o de virtud, a vuestro gusto.

-Charles Baudelaire-

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO 1. ESBOZO HISTÓRICO DEL USO DE LAS DROGAS.....	15
1.1 Edad Antigua.....	16
1.2 Edad Media.....	23
1.3 La transición de la Edad Moderna y la época actual.....	29
CAPÍTULO 2. EL GOCE Y LA A-DICCIÓN.....	41
2.1 Definición de a-dicción.....	42
2.2 El estadio del espejo y su función en la constitución de la imagen del propio cuerpo.....	44
2.3 Deseo.....	48
2.4 Goce.....	53
2.5 Goce y a-dicción.....	59

CAPÍTULO 3. DE LA A-DICCIÓN A LA APUESTA POR LA CREACIÓN DEL NOMBRE PROPIO.....	65
3.1 Los tres registros.....	70
3.1.1 El Imaginario.....	70
3.1.2 El Simbólico.....	71
3.1.3 Lo Real.....	72
3.2 El cuarto lazo y el nudo borromeo.....	73
3.3 La importancia del nombre propio en la clínica.....	77
CONCLUSIONES.....	86
REFERENCIAS.....	90

INTRODUCCIÓN.

La adicción es un problema complejo de nuestro mundo actual y aunque el consumo de algunas sustancias no es exclusivo de nuestro tiempo, la forma de suministro ha cambiado a lo largo de los años. En la antigüedad y con el comienzo de la agricultura el hombre adquiere conocimiento sobre algunas plantas el cual utilizo para inducir sueños, tener visiones, cambiar su percepción, aliviar dolores o para sanar heridas. Pero el consumo de plantas no sólo tenía un fin meramente de alivio y sanación, eran un vínculo o un medio de contacto místico y así sucedió en varios lugares del mundo.

Con el paso del tiempo, el dios bondadoso que daba las plantas para aliviar el dolor de la humanidad desaparece y se convierte en un dios que castiga el placer, la voluptuosidad y lo que tenga que ver con el cuerpo. Las drogas pasaron de ser un regalo de dioses a algo donado por el demonio, y es así como en la Edad Media las drogas quedaron prohibidas, causando la muerte de muchas personas que se les relacionaba con la brujería y hechicería.

Poco a poco se van dando transformaciones de ideas y se hace una lucha para rescatar la base farmacológica de las plantas. Es justo en este periodo donde se comienza un activo comercio de las drogas y con los avances científicos se descubren las sustancias activas de las hierbas. Junto con las trasformaciones sociales se dan también cambios en el estado ánimo y las drogas se encuentran con mayor disposición para hacer más llevadera la vida. De igual forma, se

comienzan a presentar los primeros síntomas de dependencia; las drogas empezaron a ser usadas ya no con fines divinos, ni de hechicería, convirtiéndose simplemente en analgésicos para calmar el dolor de la vida.

Actualmente el consumo se ha ido diversificando, extendiéndose en varios sectores de la sociedad. El Consejo Nacional de Adicciones (CONADIC) menciona que existe un alto consumo de drogas legales e ilegales, siendo la marihuana la droga que ocupa el primer lugar de consumo, le sigue la cocaína y las drogas de uso médico, como los tranquilizantes y antidepresivos que ocupan el tercer lugar, sobre todo entre las mujeres.

Estos datos hablan de un malestar en la sociedad. La necesidad de su consumo está ligada a la creencia de que las drogas ofrecen un escape instantáneo y momentáneo de la realidad, y de las vicisitudes de la existencia. Sin embargo esta salida rápida que no soluciona el malestar, tiene una cuota alta que se paga con el cuerpo pues es este el que se pone en juego cuando el sujeto cae en las adicciones.

Ante este problema, que aumenta con mayor frecuencia, el sector salud se ha dado a la tarea de buscar soluciones, el tipo de respuesta que se ha brindado frente a esta cuestión por parte de los especialistas depende del enfoque con el que se interprete. Sin embargo, aún cuando puedan existir diversas maneras de mirar esta situación, lo que se ha buscado es una solución rápida que elimine la conducta repetitiva del toxicómano de consumir una sustancia, y en algunos casos la escucha de los sujetos ha quedado de lado.

A pesar de que algunos medios y sectores gubernamentales han puesto especial énfasis en la temática, existe un gran número de población afectada que no ha tenido éxito y no ha logrado abandonar el uso de las drogas. Lo que se observa es que mientras el adicto se encuentre dentro de alguna institución de salud puede abstenerse de la droga para regresar a ella en cuanto es dado de alta.

Cada vez las poblaciones más jóvenes son las que se encuentran con mayor vulnerabilidad ante este problema, que no es sólo de consultorio, sino que se ha convertido en un problema social. La adicción es un síntoma social en el que hay que considerar diferentes variables, es decir, escuchar a cada sujeto con su propia historia y discurso.

Con base en lo anterior surge la necesidad de la presente investigación documental, fundamentada en la teoría psicoanalítica, específicamente lacaniana, que se refiere a un psiquismo inconsciente que nos determina sin dar cuenta, tanto en el ámbito familiar e individual. El objetivo de este trabajo es plantear el problema de las adicciones a partir de la teoría psicoanalítica y del concepto lacaniano de goce. Por tal motivo se espera que el contenido de este trabajo contribuya a enriquecer el conocimiento y permita la reflexión de los que han elegido realizar la sensible tarea de la escucha en el consultorio, particular o institucional con lo que respecta a este tema.

Las cuestiones que permitirán delimitar esta investigación son:

- ¿De qué forma las adicciones tienen que ver con el goce?

- ¿De qué manera se puede hablar de una a-dicción en el consumo de sustancias tóxicas?
- ¿Tiene el psicoanálisis algo que proponer frente a la cuestión de las a-dicciones?

De esta forma en el primer capítulo de este trabajo se realiza un breve bosquejo del uso de las drogas a través del tiempo. Se trata de un breve recorrido histórico que permite comprender que las drogas han existido siempre, pero que junto con la ideología su uso también se ha modificado, pasando de algo divino al pecado y de este a un simple analgésico.

Este pasaje pretende ilustrar que si bien el peso ideológico que se le ha dado a las sustancias se ha ido transformando hasta nuestra época, a lo largo de los años las drogas han sido utilizadas para aliviar dolores, que no solo tiene que ver con las propiedades de una sustancia, si no del lugar que el sujeto le otorga en su deseo.

Siguiendo esta línea el segundo capítulo de esta investigación aborda la cuestión del goce ligada a la adicción y es por ello que en lugar de hablar de adicción, se habla de a-dicción, pues se trata de una renuncia a la palabra, que pondría un límite al goce, que como ya podrá revisarse más adelante nada tiene que ver con el placer. Pero no solo a eso se renuncia, también se elige renunciar al deseo y a la cultura. De tal modo que el recorrido de este apartado permite ver como la a-dicción va más allá de un hábito de dependencia, se trata de una entrega que

hace el sujeto a una sustancia que lo descoloca de su subjetividad. Lo que queda en ese lugar es puro exceso, en lugar de sujeto hay un resto, pura carne sin deseo ni palabra.

Por esta razón el tercer apartado de este trabajo surge con la necesidad de hacer una propuesta desde el enfoque psicoanalítico que permita mirar desde otro punto el problema de la a-dicción. Que el tratamiento se enfoque a que haya palabra ahí donde en lugar del deseo se encuentran los efectos alucinantes de una sustancia. Que se escuche al a-dicto, aún cuando no pronuncie palabras, puesto que algo expresa en esa compulsión a la repetición.

La propuesta del último capítulo pretende contribuir a la labor que realizan las instituciones y los encargados de la salud. Se trata de que el a-dicto pueda hacerse de un nombre que de nuevo lo subjetivase y lo coloque cómo sujeto deseante, y en la medida en que cada sujeto pueda escucharse y darse un lugar, se espera que la droga deje de ser importante.

Uno de los ejes fundamentales de este apartado es el *Sinthome* y la escritura de James Joyce, que como podrá verse más adelante, es una suplencia del Nombre del Padre. Lo que se plantea es la posibilidad que el a-dicto en un espacio psicoanalítico posibilite la creación de un *sinthome* que corrija esa carencia paterna, que por medio de él logre hacerse de un nombre que lo haga sujeto de nuevo. La propuesta es que no se trata de eliminar el dolor de la existencia, sino de darle un lugar y una escucha.

En una sociedad donde la eficacia y la rapidez son la demanda del día, la medicina ha optado por una clínica del silencio y la droga es aquello en lo que se desea encontrar sosiego al dolor del ser. De esta cuestión surge la necesidad de hacer un replanteamiento, pensando que el psicoanálisis puede ser una alternativa, entre muchas otras, que posibilite que haya una escucha a ese dolor de la existencia, en donde el sujeto pueda decir algo de sí.

Se espera que este trabajo invite a la reflexión, no sólo a los encargados de la salud, o a los que han decidido dedicarse a la clínica y al consultorio. Porque la adicción no existe únicamente a un fármaco, también se encuentra en la bulimia y anorexia, en el capitalismo, en la esclavitud, en la medicina, específicamente en la psiquiatría donde el sujeto queda borrado y deviene en enfermo mental, y quien bajo los efectos de una droga queda sometido a otro, sin posibilidad de decir algo de su deseo. De ahí que no se trate exclusivamente de una cuestión individual y de consultorio, si no una cuestión social que puede ser escuchada y pensada desde otro lugar.

Por tal motivo, el propósito de esta investigación es analizar el fenómeno de las adicciones desde el psicoanálisis, que apuesten por una escucha en lugar del silencio, por darle un lugar al dolor de la existencia, es decir, que se humanice de nuevo el tratamiento con a-dictos a partir de la creación de su propio nombre y de su historia.

CAPÍTULO 1. ESBOZO HISTÓRICO DEL USO DE LAS DROGAS.

“El fármaco es esa coexistencia entre el regalo de un dios y un vicio estúpido, entre la pérdida del sentido y la relajación del alma, entre la ruina de la salud y el último placer”.

A. Escohotado

Desde el inicio del hombre las drogas han sido utilizadas con diversos fines; como un acercamiento divino u ofrenda a los dioses, a manera de elemento catártico o festivo, o forma de medicina y alivio de impurezas.

En la antigüedad las drogas fueron un medio de iniciación al conocimiento, un viaje en busca de la sabiduría en tanto estas permitían la experiencia de la tragedia.

Martinelli & Morales (1998), indican que el uso de enervantes permitía el conocimiento y la entrada a otro mundo, era una forma divina de saber. Este exceso adquiría la apariencia de ceremonias sagradas, en donde existía un contacto divino y el conocimiento profundo del hombre, en cuanto le permitía ser Dios por un momento, para después hacerle caer en un abismo, que lo llevaba a saber de su existencia.

De esta forma la droga se convirtió en lo que proporciona una experiencia de satisfacción o felicidad provisoria, en palabras de Baudelaire "*les Paradise artificiel*", paraíso al que algunas personas necesitan volver. Cabe mencionar que ni la adicción es siempre a un químico ni la ingesta toxica implica necesariamente una adicción. Es decir, la adicción no se explica por la sustancia o el objeto si no por la operación inconsciente que las determina, su nocividad y su propiedad adictiva dependen de la subjetividad o del contexto simbólico en el que se consume.¹

En este recorrido acerca del uso de sustancias se dará cuenta de cómo a través del tiempo las drogas han estado presentes con diversos usos. Uno de los más importantes el de proporcionar una salida rápida ante el dolor de la existencia y que si bien las adicciones son un problema de la actualidad, el uso de diversas sustancias ha existido desde el inicio del hombre y no sólo lo ha llevado a los excesos, sino a la búsqueda o el silencio de lo que puede aquejar al hombre.

1.1 Edad Antigua.

Con el aprendizaje de la agricultura se modifican formas de vida del cazador paleolítico y se reemplaza el mundo animal por el vegetal. De acuerdo con Escotado (1998), fue en esta época cuando los hombres comenzaron a

¹ Existe evidencia de que algunas sustancias producen adicción en términos médicos. Sin embargo, para los fines de esta investigación, el término adicción no es equiparable al

acumular conocimientos de la flora para transformar especies no comestibles en alimentos, además de adquirir valiosos conocimientos farmacológicos complejos, así como remedios botánicos eficaces.

Es aquí cuando se comienzan a rendir cultos a la fertilidad y a la muerte, se empieza a aceptar y comprender los ciclos vida-muerte, aparición-desaparición. En esta misma línea de genealogía con las plantas aparece un mito sumerio no anterior al 2800 a.C. “El mito relata que Enki, el señor de la tierra, se decide a conocer el corazón de las plantas para determinar su destino, y va probándolas una a una. Esto acarrea la maldición de Ninhursag, la diosa madre, que decide no mirarle con el ojo de la vida. Una vez aplacada Ninhursag, hace nacer a la diosa de los brebajes: Ninkasi que cura a Enki²” (Escohotado, 1998: 59). Es decir, lo remienda, lo purifica y con ello se le ofrece de nuevo el perdón.

Es así como poco a poco el uso de drogas, en algunas culturas, se fue ligando a un acercamiento divino, como una forma de sacrificio a los dioses. Por un lado podría explicarse que la relación hombre-Dios puede ser un acto de miedo (sacrificio, obsequio de una víctima a la deidad) y el otro puede ser un acto de esperanza, marcado por la fiesta y la reconciliación. Este último es donde se concebía al sacrificio como un acto de participación que no sólo establece un nexo entre lo profano y lo sagrado. Este tipo de sacrificio habla más bien de una

² Este relato constituye el antecedente de lo que posteriormente será la historia sobre el árbol del Edén, el paraíso perdido por probar una planta. Enki ultraja a Ninhursag probando diversos frutos, tal como Adán y Eva ultrajan a Yahvéh.

comuni3n en donde un Dios encarnado en una planta y a veces en un animal se identifica con los comulgantes a trav3s de su ingesta.

En la India, por ejemplo, desde el siglo XV a. C., el c3ñamo se celebra y es mencionado en los primeros Vedas. Se dice que su preparaci3n l3quida es la bebida favorita del Indra, el dios guerrero que representa a los invasores arios y que este brot3 cuando cayeron del cielo gotas de ambros3a.

En esta misma cultura el opio fue conocido desde el II a.C., sin embargo, su uso no fue tan trascendental en esta 3poca como lo fue en la difusi3n del Islam.

Dentro de la religi3n Brahm3nica Varuna, el Dios Soberano, coloc3 una sustancia a la que se llam3 "soma"³, para que Indra combatiese al drag3n, compendio del caos. Uni3 as3 las regiones celestes y las subterráneas. Aunque no se sabe con precisi3n de qu3 droga se trataba, los Hind3es siguen practicando este rito v3dico, sin importar el medio bot3nico que utilicen y lo que se repite dentro de este ritual es: "Hemos bebido soma, nos hemos hecho inmortales; llegados a la luz hemos llegado a los dioses ¿C3mo podr3a tocarnos ahora la malicia del mortal?" (Rig Veda VII, citado en: Escohotado, 1998: 94). Este rito constituye un nacimiento para la vida del fiel, nace por medio del sacrificio del soma y esta ceremonia debe ser renovada, debido al contacto con lo mundano. Pero en este nacimiento tambi3n se encuentra una muerte, el fiel se ve morir, as3 se acerca a los dioses y se convierte en uno de ellos.

³ Soma Constituye el tercer dios del pante3n v3dico, al que se dedican los 120 himnos del libro IX del Rig Veda, sin embargo, nada distingue la deidad del brebaje.

América no es una excepción al consumo de sustancias voladoras. De acuerdo con Benítez (1969), en nuestro país desde la época prehispánica se comían unos hongos negros que los hacían tener visiones, bailar y cantar. A estos hongos se les llamaba Teunamacatlh, que quiere decir “carne de Dios o del demonio” y que los hacía comulgar. Por medio de estos hongos los prehispánicos comulgaban con sus dioses, al ingerir la carne de Dios ellos se hacían dioses, tenían visiones del futuro y un acceso al saber.

. Además de los hongos se encuentran muchas especies más de plantas, como ejemplo se puede mencionar el peyote, una cactácea que fue usada por los toltecas y los chichimecas unos 1890 años antes de la llegada de los españoles y que al igual que los hongos les permitía este contacto divino, cactus que en la actualidad sigue teniendo vigencia en las ceremonias religiosas de los huicholes.

Valek (1999), menciona que uno de los Dioses que puede ser un claro ejemplo de todas las especies de sustancias que se usaban para el contacto divino o para suprimir el dolor y brindar un placer momentáneo es Xochipilli Dios de las flores, la música y los placeres mundanos. Este Dios al que veneraban tiene tatuado en el cuerpo varios fármacos: el tabaco, el zarcillo de ololiuhqui o maravilla, el botón del siniquiche y hongos *psilocybe aztecorum*, lo que hace pensar que los aztecas contaban con el acceso al consumo de estas plantas.

Escohotado (1998) indica que en territorios ecuatorianos y bolivianos los testimonios más antiguos sobre el uso de fármacos psicoactivos datan del siglo X a.c. y se vinculan a la cultura chavín, el cacto llamado San Pedro o Trichocereus.

Sin duda se encuentra ya influenciado por la cultura cristiana donde San Pedro es el depositario de las llaves del cielo y la planta promete introducir al otro mundo. Actualmente la planta prolifera en una amplia franja que va desde Ecuador hasta Bolivia pasando por los Andes peruanos y su uso pervive en rituales religiosos y culturas chamánicas. Schivelbusch (1995), menciona que en esta misma zona se dio el consumo de la hoja de la coca la cual permitió a los indios Yunga vencer a un Dios maligno y para la tradición incaica fue Manco Cápac quien otorgo la bendición de Mama Coca a una humanidad abrumada para hacerla soportar el hambre y las fatigas⁴.

Una de las civilizaciones de mayor importancia en cuanto el consumo de sustancias voladoras es la cultura griega. Además del Opio, del vino y de la cerveza, ellos conocieron el cáñamo, el beleño y la mandrágora. Se hablaba de olores que provocaban furor y de los humos que en las ofrendas conducían al éxtasis, ya que resultaba apropiado poner droga en las brasas y piedras calentadas, sobre todo en reuniones multitudinarias.

La droga de mayor auge entre los griegos fue el opio y el vino. Escohotado (1998), relata la leyenda donde Asclepio, Dios de la medicina, fue fulminado por Zeus, cuando osó revelar a los mortales el secreto de las virtudes de la adormidera, que hasta ese momento eran un privilegio al que sólo tenían acceso los olímpicos.

⁴ El hábito de mascar coca data de hace más de 2000 años, los alcaloides de las hojas actúan sobre el sistema nervioso central, mitigando el hambre, la sed y el cansancio. En el siglo XIII los incas ensalzaban la coca como planta sagrada y la quemaban en honor de sus ídolos.

El opio fue un símbolo de la fecundidad y por ello las casadas sin descendencia se conjuraban a este fruto y de ahí que esta planta se asociara con el amor carnal. Además se la atribuía la capacidad de prolongar el coito y de evitar la eyaculación precoz en los varones.

El vino que también ocupó un lugar privilegiado entre los antiguos griegos, tuvo a su representante en Dionisio, el Dios de los excesos y de la intoxicación. Walton (2005), menciona que las festividades dionisiacas eran exuberantes y desenfrenadas. Se bebía vino en cantidades generosas durante varios días seguidos y comían carne cruda con lo que se proclamaba que seguían siendo parte de la primitiva naturaleza. Estas celebraciones tenían dos facetas, por un lado la alteración de la conciencia, y quizá la más importante era el aspecto conciliatorio que esta llevaba, puesto que el vino era un regalo del Dios para tranquilizar a los corazones de una humanidad atormentada. Así pues, el vino, además de ser un analgésico contra el dolor, era un enorme liberador y una forma de acercamiento a lo divino.

Una festividad religiosa de gran importancia entre la cultura griega fueron los misterios de Eleusis (región sagrada relacionada con el reino de los muertos) que se instalaron aproximadamente en el siglo XV a. C. Según Wasson, Hofmann, & Ruck (1985), el ritual comprende dos grupos de ceremonias, los pequeños misterios celebrados en primavera (estos consistían en ayunos, purificaciones y sacrificios) y los misterios mayores, celebrados en otoño y cuyo momento importante se daba en la ceremonia iniciática nocturna; en ese momento los

peregrinos eran conducidos a la cámara más interna del templo y recibían una pócima llamada *Kykeón*, de la cual sólo se sabe que contenía harina y menta. Los aspirantes a iniciación juraban guardar el secreto de esta experiencia. No se trataba de una religión, lo que allí se daba era ofrecido una sola vez en la vida de cada persona. No había credo ni dogma y nadie era invitado u obligado a iniciarse. A este rito acudía gente de cualquier posición o procedencia. Había en su base la promesa de la inmortalidad dentro de la modalidad muerte-renacimiento místico. La leyenda griega dice que Deméter, diosa de la fecundidad, pierde a su única hija Perséfone que es raptada por Hades, el Dios de la muerte o del mundo subterráneo, cuando ésta recogía flores. Ante esto Deméter decreta una plaga general de esterilidad que amenaza destruir a los humanos escondiendo la semilla dentro de la tierra. Para evitarlo es preciso que Perséfone pase dos tercios del año en la superficie, floreciendo al lado de su madre y un tercio (invierno) en las profundidades junto a su esposo. La institución de este acuerdo son los misterios de Eleusis⁵.

Siguiendo a Walton (2005), Roma adquiere de Grecia el mismo criterio acerca de las drogas, de la misma forma contaban con el uso de la adormidera, pero fue con el vino y con la cerveza con quienes iniciaron un culto divino, por un lado se encontraba Sabacio, el Dios de la Cerveza y Baco el Dios del vino; éste último fue

⁵ Al parecer lo que se bebía es el cornezuelo o ergot, un hongo rojizo que parasita las gramíneas. La ingestión de grandes cantidades de este hongo puede provocar la muerte. Sin embargo esta también contiene una mezcla de alcaloides muy visionarios y de escasa toxicidad (la ergovina y la amida del ácido lisérgico, LSD) que fueron descubiertas hasta principios de los cuarenta (Escohotado, 1998).

al que se le brindo un lugar privilegiado dentro de sus celebraciones, pues equivalía a Dionisio en la antigua Grecia. Las fiestas báquicas, en honor a su Dios solían ser exuberantes y escandalosas.

1.2 Edad Media.

En la edad media y con la entrada del cristianismo se comenzó a perder el uso de drogas psicoactivas, sobre todo en Grecia y en Roma, así estas costumbres emigraron a países orientales. Walton (2005), refiere que debido al temor al envenenamiento desaparecieron también el uso de fármacos para aliviar dolores. Sin embargo, lo más importante que hizo que estos usos desaparecieran fue el cristianismo ortodoxo, pues todas las drogas distintas al alcohol fueron aborrecidas, por lo que la iglesia se dedicó a perseguir directa e indirectamente a quienes las usaban y propició siglos de censura y quema de libros donde estuviese escrito sobre estos fármacos.

Durante mucho tiempo subsistieron sin grave conflicto los rituales y la hechicería, pero con la entrada de cristianismo se establece un nuevo régimen que no permite estas creencias, pues divide la estabilidad de los pueblos en su fe.

Schivelbusch (1995), refiere que en los comienzos lo único admisible es el vino, y la eucaristía se llevaba a cabo en ayuno; en esas condiciones cualquier copa de vino era capaz de modificar la conducta. Debido a que se encuentra prohibido cualquier conducta relajada en esta época, pues en la edad antigua era uno de los

grandes dones dionisiacos, que en este momento es un sinónimo de vicio, resulta fundamental establecer la eucaristía de manera formal, por lo que el ayuno se hace meramente simbólico, más tarde se reserva el vino sólo para los ministros. Esta forma de eucaristía aun conserva la forma de la unión mística con la deidad de la edad antigua, pero cambia el medio de comulgar, se dejan de lado las sustancias que permiten esto y sobresale la fe como el medio único de contacto divino. Así se consume al Dios, pero en vez de caer en el trance, lo que se exige es creer aunque los sentidos no noten diferencia después de la comunión, lo que dará cuenta del milagro es la voluntad del fiel. Desde que este formalismo en la eucaristía se hace estable, todas las comuniones que no estén basadas en la autosugestión son estigmatizadas y consideradas tratos con el diablo, pues todo lo que implique al cuerpo es inmundo ya que la deidad como la fe son incorpóreos y trascendentes.

Existen varios motivos por los cuales el cristianismo rechazó el consumo de drogas. Algunos de ellos eran la euforia, el placer y la voluptuosidad. Ya que las drogas proporcionan euforia y debido a que esta en sí no es admisible a la religión, sólo la que es pura y legítima, se encuentra prohibido procurársela, ya que se caería en pecado.

El cristianismo pondera la aflicción, ya que el dolor es grato a Dios siempre que constituya una mortificación a la carne. El placer por lo tanto ofende al creador en la misma proporción de su intensidad. Por ello no sólo se aborrece la voluptuosidad en relación a ciertas drogas, sino también su uso analgésico, pues

lo que no sea aliviar patologías agudas era visto como una huida indigna al dolor que redime al hombre. Buscar el placer del mismo modo que huir del dolor por medio de fármacos incurre en pecado que puede considerarse mortal, ya que conduce a la promiscuidad y la relajación del cuerpo. Al respecto, Walton (2005), menciona que dentro de esta religión la vida del fiel sólo le pertenece al creador, por lo que el uso de fármacos como el opio para lograr una muerte a tiempo se considera indigno y un pecado mortal. Quienes incurrían en esto no eran dignos de recibir los últimos sacramentos ni podían ser enterrados en los cementerios cristianos. Hasta el siglo XVIII los cadáveres eran arrastrados a las calles antes de ir a la fosa común (Escohotado, 1998). Con el fin de suprimir todo tipo de misterios distintos del eucarístico se prohibió, bajo pena de muerte, cualquier celebración nocturna y se da por sentado que el efecto de las drogas es por un poder maléfico y en el ensueño de estas sustancias se está realizando un trato infernal. Debido a que aún está implantado en el espíritu popular el consumo de sustancias bajo rituales se establecen cinco concilios para juzgarla:

“En el año 506 el Concilio de Adge (canon 42) excomulga a todos los adivinos, hechiceros, vampiros y a quienes los consultan. En 511 el primer concilio de Orleans (canon 30) prohíbe indagar las cosas futuras y excomulgar a quienes preparen brebajes. El concilio de Auverre En el 578 (canon 4) prohíbe recurrir a los hechiceros. Y el canon 14 del concilio de Narbona (589) ordena vender como esclavos a los hechiceros, con sus mujeres, hijos y sirvientes, en provecho de los pobres” (Brau, 1972: 42).

Para los primeros cristianos el uso de drogas significaba pactar con Satán, ya que era una apostasía e idolatría y suponían que la eficacia de prácticas mágicas eran debido a la intervención del demonio por lo que se intensifican estas normas para controlarlo. La bruja era en este tiempo acusada de la existencia de espíritus malignos y de mandar sobre ellos. Escohotado (1998), señala que en esta época existían dos tipos de brujas. La hechicera clásica que ejerce un oficio y necesita dinero y conocimiento de causa. Esta se encargaba de la cosmética femenina, filtros relacionados con el amor, productos que causaban pasión y otros capaces de hacer surgir el aborrecimiento o de inducir abortos; sus servicios eran demandados por todas las clases sociales, especialmente por los ricos. Otro tipo de bruja era la rural, más ligada a los fármacos, que además de confeccionar filtros y remedios, usa ungüentos para inducir vuelos mágicos y hechicería de posesión, oficiaba a manera de ministro de ceremonias religiosas y por lo tanto era la más perseguida y criticada. Este tipo de bruja se encontraba en celebraciones de tipo orgiástico llamadas *sabbats*, muy parecidas a las celebradas en la edad antigua. En estas celebraciones se usaban pomadas compuestas por opio, cáñamo y ciertas solanáceas que inducían a viajes y delirios.

En este momento de la edad media se dan las condiciones para comenzar cruzadas internas dirigidas a descontaminar la sociedad de estos rituales, se inicia una persecución más intensa y rigurosa contra quienes practicaban este tipo de rituales.

A partir del siglo XII las brujas y brujos se convierten en una epidemia y se usa la intimidación como un medio para combatir la hechicería. Las primeras campañas de descontaminación tienen como primer objetivo los libros y se prohíben tres tipos de pablara impresa: las obras sobre magia, la cultura clásica y la literatura religiosa (Schivelbusch, 1995).

Para el siglo XVI la epidemia es mundial y devasta al viejo y al nuevo mundo. La denuncia ya no sólo es libre y secreta, sino obligatoria. La gente está convencida de la abominación a la brujería y es en este siglo cuando aparece la mayor parte de gente quemada viva y públicamente en Europa (Brau, 1972).

En esta época no sólo se habla de plantas diabólicas, sino del opio en particular y sigue sin estar claro si en las plantas hay un orden sobrenatural o sólo son empleadas por adoradores del demonio, pero condenar su posesión es una forma de desarmar al adversario.

Uno de los usos más sobresalientes de las drogas se encontraba ligado a la famosa escoba de las brujas. “El palo se empleaba para frotar o insertar los ungüentos en zonas donde crece el vello que los inquisidores llamaban partes diabólicas” (Escohotado, 1998: 278). Es decir, las escobas servían para aplicar las sustancias activas en las zonas vaginales de manera masturbatoria. Existían dos modalidades básicas de administración: una colectiva donde intervenían ambos sexos y que se encontraba ligado a ceremonias iniciáticas y estacionales y otra solitaria de índole más bien masturbatoria. Por esta razón cualquier uso de pomadas debía estar justificado.

En este tiempo se distinguen tres tipos de ungüento.

- Unto que hace creer a las brujas que van realmente al aquelarre.
- Pomadas que permiten un verdadero traslado.
- Crema que da a las brujas la ilusión de una transformación animal.

En este fenómeno de la brujería una constante es el sexo, y las mujeres adoptaban una actitud muy parecida a las bacantes griegas y romanas. Su crimen residía en el pecado y la lujuria, vinculadas con la sensualidad y seguidos de orgías.

Esta amplitud del uso de fármacos con fines de ensoñación y éxtasis sexual permitió un considerable comercio de untos y brebajes y un gran mercado de reventa. Las fórmulas no sólo contenían Opio, cáñamo y algunas solanáceas, sino drogas de alta sofisticación como la piel de sapo⁶ y harina contaminada por cornezuelo, también llamado ácido lisérgico (LSD), así como hongos y setas.

Comparados con los chamanes americanos los brujos europeos dispusieron de fármacos más tóxicos, entre ellos, el cáñamo, beleño y la belladona, que eran desconocidos en América hasta el Descubrimiento.

De acuerdo con Brau (1972), los extractos de ciertas plantas eran consideradas durante esta época una encarnación de Satán y crearon así una fe ciega en los

⁶ Las exudaciones venenosas de los sapos que ahora se sabe contienen un alcaloide alucinógeno llamado bufotenina, uno de los ingredientes principales de muchos ungüentos, por lo que la imagen de este animal quedo ligado a la brujería (Walton, 2005).

poderes sobrenaturales de los untos que condujeron al tormento y a la hoguera de incontables seres humanos.

El cristianismo veía en las drogas distintas del alcohol la perdición del hombre brotada del infierno. Por esta razón los botánicos hacen un gran esfuerzo por separar la magia de la medicina y algunos logran sobrevivir.

Pero es a finales de esta época cuando el opio comienza a hacerse más popular sobre todo en la medicina.

1.3 La transición de la Edad Moderna y la época actual.

Durante los últimos años del siglo XIV y XV Europa vive una transición donde se da un cambio de estructuras políticas y socioeconómicas, se añade el descubrimiento de un nuevo mundo y la escisión de la iglesia católica. El Renacimiento trajo una revolución de las artes y las letras, el desarrollo científico y la ciencia moderna. Este cambio además introdujo otra forma de ver el uso de drogas. Los humanistas de esta época, consideraban criminal la persecución de brujas y creían que se podían exculpar dando a conocer la base farmacológica de las plantas. Con esto se comienza a dar a conocer la importancia de algunos brebajes y untos en la medicina (Davenport, 2003). Uno de los principales hombres que contribuye al cambio de plantas demoniacas a un paso en la medicina fue Paracelso. El planteó que la enfermedad era algo vivo que se alimenta con la vida del enfermo y puede ser directamente atacado con tóxicos, de

tal modo que abre un fecundo campo de investigaciones. Uno de sus remedios más prodigiosos era el Opio, el cual le otorgó grandes éxitos terapéuticos que le permitieron salvar la vida de muchos reyes y príncipes (Escohotado, 1998).

El opio comenzó a simbolizar modernidad y virtudes curativas, mientras que por otro lado aumentó el desprecio hacia las viejas drogas y hacia algunas nuevas como el tabaco y el café.

En América los tesoros eran básicamente botánicos y su uso dentro de la medicina era bastante rico. Muchos españoles acudieron para instruirse en la medicina prehispánica. Este conocimiento de la herbolaria médica ayudó a que muchos médicos llevaran a Europa el conocimiento de la flora americana. Sin embargo, debido a que muchas de estas plantas eran psicoactivas y su uso estaba ligado a rituales religiosos propios de las culturas indígenas, despertó en los clérigos el miedo a encontrarse frente a la magia diabólica. Esto provocó una cierta indecisión entre reconocer la sabiduría de la herbolaria medicinal y el cristianismo ortodoxo, es decir, saber si aprovechar la flora o suprimir cualquier tentación que los condujera a apostasía.

Una de las plantas que sorprendió a los Europeos a su llegada América fue el tabaco, una de las hierbas más sagradas del continente. No pasó mucho tiempo para que los europeos siguieran a los indígenas en el consumo de esta hierba. Courtwright (2002) señala que fue España quien se adelantó a los demás países en la importación y regulación de su venta. En Europa y Asia el uso de esta droga se dio todos los niveles sociales y el método de consumo era variado (inhalado,

fumado o masticado). Además el tabaco logró superar la fuerte represión iniciada por las autoridades civiles y religiosas. Los fumadores de tabaco eran sancionados con fuertes castigos. Por ejemplo, los rusos eran azotados, exiliados y en algunos casos se les arrancaba la nariz. Los sacerdotes que consumían tabaco eran excomulgados.

De acuerdo con Valek (1999), la segunda gran droga descubierta en América es la coca. Los incas se encontraban muy ligados al uso de este fármaco, aunque los españoles lo vieron como algo despreciable. No obstante, su uso no desapareció y con el paso del tiempo permitió que algunos europeos hicieran un gran fortuna aprovechando sus cualidades para hacer trabajar más y con menos nutrición. Pronto se comenzó a tolerar el cultivo de la coca, siempre y cuando su uso estuviera restringido para trabajar y quedara prohibido su consumo en ceremonias religiosas. Así, la coca comenzó su intercambio comercial, fue un medio empleado para aumentar la productividad de los esclavos a quienes obligaban a trabajar bajo condiciones deplorables.

Uno de los cambios de pensamiento más importantes que se da en este periodo es que el sufrimiento ya no parece grato a Dios, y la suave ensoñación adicional que el opio produce no amenaza incurrir en el pecado. El opio pasó de ser algo diabólico a ser un don divino. Y Europa no sólo fue el primer exportador, sino el primer importador mundial de la sustancia. Es en esta época cuando se establece de nuevo la eutanasia, como una forma de dignidad individual. El

suicidio por medio de cualquier “veneno dulce” constituye un instrumento de salud pública (Escohotado, 1998).

A partir del siglo XVII se comienza un activo comercio y las drogas emergen a la luz del día. Los médicos, los boticarios y los farmacéuticos extienden su empleo en preparaciones cada vez más activas. Es en esta época en donde las drogas vuelven a ser neutras y libres de lo mágico y demoniaco. Debido al progreso científico, comienzan también a descubrirse más drogas a un ritmo vertiginoso.

Con la liquidación del antiguo régimen se instauran nuevas leyes que van dar un cambio importante en la estructura política y social. En primer lugar, resulta inaceptable el secreto en el procedimiento y la denuncia, arruinando la impunidad para los delatores. El procedimiento ya no pretende confirmar unas sospechas, sino a averiguar ciertos hechos. Además, se exige del juez que investigue sin prejuicios, como mediador laico de una colectividad formada de hombres libres. Los fármacos clásicos se vuelven de nuevo irrelevantes a efectos éticos y legales (Walton, 2005).

Mientras en occidente el jugo de adormidera se tiene por bendición divina para los hombres en general y para los médicos en particular, la situación de comercio marítimo portugués, holandés e inglés con extremo oriente creó un conflicto con intereses políticos y económicos. En China ninguna fuerza armada europea había rozado sus dominios pero la apertura de rutas marítimas y el poderío militar occidental acercaban los extremos del mundo. Los chinos en el aspecto económico consideraban que si dos pueblos comerciaban, saldría mejor parado

del trueque quien obtuviera bienes de valor más duradero o mercancías de ventajosa reventa. China e India habían sido grandes sumideros de oro hasta antes del siglo XIV, que es el momento en que los europeos descubren la posibilidad de exportar aguardiente, tabaco y opio a cambio de sedas, té y especias. El contacto entre occidentales y chinos se reducía a un sólo puerto donde podían embarcarse y desembarcar las mercancías, el interior del país resultaba inaccesible. China tampoco disponía de alternativas para mantener un saldo favorable en su balanza. Apoyada en una estructura económica arcaica, no tenía ni el nivel de vida ni redes comerciales para asimilar bienes europeos. Por lo que desde 1300 en adelante todas las casas imperiales impedían trueques con bienes de perecimiento rápido. La dinastía Yuan prohibió el trueque con aguardientes occidentales, la dinastía Ming vedó el tabaco, y la dinastía Manchú proscribió la importación de otra mercancía perecedera como el opio. El propósito era proteger un tesoro que los emperadores consideraban propiedad privada. El imperio chino creó una comunidad política donde los súbditos eran considerados niños que no tenían ni voluntad, ni juicio. Sin embargo, su política no era prohibicionista en un sentido cristiano, pues las drogas no ofendían a una divinidad o a la moral. Vedados al pueblo, los aguardientes, el tabaco y el opio fueron drogas derrochadas de modo sistemático en la corte imperial (Escohotado, 1998).

Hodgson (2004), indica que en 1729 en China se prohíbe con pena de estrangulamiento fumar opio, aunque no su uso oral y el cultivo. Debido a que esta

decisión provocó corrupciones, en 1793 no solo se impidió su importación, sino también su cultivo, proporcionando una expansión a los contrabandistas.

En Europa las cosas se dieron diferentes. A mediados del siglo XVII hasta finales del XIX nadie en occidente atribuye al opio rasgos esclavizadores para el alma o el cuerpo. Es la droga de los pudientes más que de los pobres, el único problema que se encuentra es su adecuada dosificación. Sin embargo, ya desde finales del siglo XVII comienzan a mencionarse suicidios y sobredosis accidentales, pero existe en este momento una adaptación de la oferta a la demanda; pues en la medida en que aumenta el consumo de la sustancia, también aumenta su asimilación social. Si esto no adquiere mayor relevancia es porque el concepto de toxicómano sólo existía para la masa de alcohólicos crónicos, acogidos por la beneficencia pública. Esto hacía que la mayoría de las familias al igual que contaban con vinos y licor en sus casas, también contaran con elixires para la tos, grageas para los nervios, láudano para cólicos y tés opiados para el insomnio (Davenport, 2003).

“El opio era el ingrediente primario de incontables medicinas de patente que se utilizaban para aquietar a los bebés llorones, calmar los nervios destrozados y restaurar una apariencia de salud a millones de personas (Hodgson, 2004: 3)”. Aunque estos productos fueran psicoactivos sólo se tomaban como medicinas, considerados un modo de combatir molestias y sentirse mejor. Quien las usaba más desordenadamente daba muestras de necesitarlas más y procuraba que esa

circunstancia extraña no recibiese publicidad, esto permite que el uso de psicofármacos se prolongue mucho más tiempo sin oposición ni conflicto alguno.

De acuerdo con Courtwright (2002), durante el siglo XVIII se da una tendencia a la desaparición del fármaco en sí. Las toneladas de opio que llegan a Europa son destinadas a laboratorios, consultas y boticas que lo reelaboran de un modo u otro. En esta época los boticarios aún no logran tener el grado a los colegios médicos, hasta el siglo XIX. Capitalizar debidamente la nueva fuente de riqueza reclamaba una formación académica homogénea para el farmacéutico, reconocimiento oficial y claras zonas de influencia que evitasen intrusiones de herbolarios y consultorios médicos.

Una vez convertidos en químicos farmacéuticos, su interés implicaba marcar distancias con respecto a su ancestro tradicional, el herborista, cuyo conocimiento parecía cada vez más ineficaz, por lo que acabaron relegados al más absoluto olvido.

El renacido laicismo pensaba que cualquier fármaco con influjo sobre el ánimo alberga con potencia un conocimiento sobre el sistema nervioso, junto con la capacidad de aliviar trastornos, del mismo modo que se perfila el proyecto de conseguir someter el ánimo en general a la voluntad, de este modo comienza el desarrollo de la neurofarmacología. Paralelo a este proceso se dan avances en la química orgánica apoyados en intereses farmacéuticos.

Pero al mismo tiempo que avanzaban los descubrimientos que ayudarían a someter el ánimo a voluntad, la población comienza a estar con un mayor grado

de inestabilidad emocional. De tal forma que el uso de las drogas creció sin pausa al mismo ritmo que el insomnio y el abatimiento. Hodgson (2004), señala que como si el Opio no fuera suficiente por esa misma época se volvieron populares la cocaína, el éter, el hachis, el cloroformo y el ajenjo.

Los problemas de supervivencia en esta época dejaron de ser abrumadores, pero aparecieron otros de tipo más interno, ligados a causas externas que provocaron una “nerviosidad”. Desde el punto de vista económico y sociológico se encontraban los riesgos de la especulación, el peligro de desfase que introduce la innovación en técnicas comerciales, la proletarización de las poblaciones campesinas, las condiciones de hacinamiento en grandes ciudades, las nuevas formas de miseria que el maquinismo inventa. Todo esto generó que la población cada vez se inventara al mismo tiempo nuevas formas de mal-estar, y que ante esto buscara salidas a su “nerviosidad”. Al mismo tiempo comenzaba también una crisis de fe religiosa y de autoridad dentro de la familia tradicional (Escohotado, 1998).

Justo en este momento, en que se da un cambio político y social, las drogas que pueden tener una gran influencia en el estado de ánimo, adquieren gran importancia. Aparecen no como un lujo, sino algo necesario para hacer frente a un cambio radical de la vida.

Courtwright (2002), menciona que en este periodo se produce el descubrimiento de fármacos puros: la morfina, la codeína, la atropina, la cafeína, la cocaína, la heroína, la mescalina y los barbitúricos. El hecho de tener los principios activos

significaba disponer de ellos en todo lugar y momento y de una forma más concentrada y precisa, lo que produjo que las drogas dejaron de ser vegetales mágicos, vinculados a ensalmos y apariencias.

Un conjunto de psicofármacos cada vez más sutiles equivale a la posibilidad de modular de manera más específica las emociones y la conciencia, cosa que el médico y el científico de esta época entienden como el mejor apoyo concebible a la voluntad y el intelecto del individuo.

La morfina fue una de las sustancias descubiertas que adquirió mayor trascendencia en ese momento. Escohotado (1998), menciona que los profesionales deseosos de destacar por su modernidad, recomendaban inyecciones de esta sustancia; que además de ser el mejor analgésico, se convirtió en un sustituto del opio. Se recomendaba para curar el alcoholismo y la opiomanía.

Courtwright (2002), indica que la popularidad de esta sustancia tiene su origen en los conflictos armados, específicamente en la guerra civil americana (1861-1865), pues se usó masivamente y de manera experimental en hospitales para mitigar el dolor. La segunda gran prueba se llevo a cabo en la guerra franco-prusiana de 1870. La producción alemana de morfina era de aproximadamente de dos toneladas y aumentó a cinco en 1872, pues no sólo era usada para el dolor físico, sino para resistir incomodidades y darse coraje. De esta forma los heridos y enfermos de guerra junto con la sedación de sus males adquirieron un

acostumbramiento a la sustancia y al cortarse el suministro se presentaron algunos síndromes abstinenciales.

Hace falta que pasen algunos años para que aparezca el termino morfinismo, que describía 110 casos de síntoma de abstinencia.

La mayor parte de los usuarios pertenecían a la clase media, otros al mundo del teatro, la farándula, y a ambientes de alta sociedad. Durante esta época también ocurrieron varios suicidios de hombres que se encontraban bajo el síndrome abstinencial o muertes por una sobredosis (Escohotado, 1998).

Después del uso de la morfina, se recurrió al uso de la codeína y posteriormente se descubre la heroína que populariza su uso, al considerar no forma un habito y puede curar a los morfinómanos.

La heroína se volvió en los años treinta uno de los mejores alivios a la tristeza, pues debido a que es mucho más activa que la morfina lograba el mismo efecto con una dosis menor y al contrario que la morfina produce un aumento de actividad y adormece cualquier sentimiento de temor. Courtwright (2002), indica algo de suma importancia que ocurrió con esta sustancia; Bayer la promocionó como inhibidor de la tos y por ello su uso comercial se dio a gran escala. Del mismo modo la empresa Smith, Kline and French de Filadelfia comercializó las anfetaminas, para el alivio de los síntomas del resfriado. Cuando se dieron cuenta de sus efectos: el insomnio y la anorexia, se pensó que la droga podía tener resultados contra la fatiga, la narcolepsia, la obesidad y otras afecciones.

Durante el siglo XIX puede decirse que el alcohol y en segundo lugar el éter, sugieren medidas de control. El vino y los licores tienen su consumo severamente restringido en varios estados de Norteamérica, el resto de las drogas son mercancías completamente libres.

En esta época en lugar de adictos se hablaba de habituados ya durante este siglo había personas que se administraban dosis muy altas de estimulantes y calmantes, pero se distinguían de los alcohólicos por los efectos respectivos de cada fármaco. El criterio médico tradicional veía el hábito a algunas sustancias como un mal menor para tratar trastornos anímicos o somáticos (Davenport, 2003).

Valek (1999), menciona que es después de la primera guerra mundial que comienzan a usarse los primeros tranquilizantes modernos, no solo había gran cantidad de personas que debían enfrentar los efectos de la guerra, sino también hombres y mujeres que vivían las crecientes tensiones de la vida urbana, a quienes se les ofrecía calmantes cada vez más eficaces, algunos de los cuales se conocieron incluso con el nombre de *happy pills* (píldoras de la felicidad).

Aparecen más individuos seducidos por un fármaco. Pero se creía que cualquier hábito farmacológico podía corregirse con buena fe y que está consistía en desearlo sinceramente.

Es así como comienza a experimentarse con diversas sustancias, hasta alterar e intensificar sus propiedades en el cuerpo humano; surgen los antidepresivos, drogas contra el miedo, la desesperación y la angustia. El mercado comenzó a

comercializar cada vez más productos que satisficieran, aunque sea por un momento, las necesidades del consumidor, mitigando el dolor, anestesiando el cuerpo y empañando la mente, negando la responsabilidad de los actos de los sujetos que bajo el efecto de una droga pueden crearse una amnesia.

Este recorrido por el uso de algunas sustancias toxicas pretende ilustrar al lector sobre el cambio que han tenido en la concepción de la humanidad a través del tiempo, con el objetivo de que los siguientes capítulos puedan encontrarse mejor argumentados a partir de este viaje en la historia de los “paraísos artificiales”.

CAPÍTULO 2. EL GOCE Y LA A-DICCIÓN.

El matiz moderno, apuntado por Lacan, consiste en que nuestro modo actual de gozar depende esencialmente de un plus de gozar.

En otras palabras, podríamos definir al contemporáneo a través de la separación del ideal. Y, llevando las cosas al límite, se puede prescindir de las personas, se puede prescindir del Otro mayúsculo y de los ideales y de los escenarios que propone, por un cortocircuito que entrega, en directo, el plus de gozar.

J.A. Miller

En este segundo capítulo se abordará la cuestión del Goce ligado a la a-dicción y la forma en que se vive el sujeto bajo estas circunstancias. Sin embargo, antes de tocar el punto fundamental del Goce, es preciso mencionar algunos conceptos que permitirán la construcción teórica de esta investigación. Para eso se especificará desde dónde será considerada la a-dicción y se revisarán algunos términos psicoanalíticos; cabe mencionar que no es la intención de este trabajo hacer una arqueología de la teoría psicoanalítica, por lo que sólo se retomará lo que importa para los fines de esta tesis.

2.1 Definición de a-dicción.

Existe una forma en la que el sujeto puede sustraerse del mundo simbólico, una manera en la que escapa por elección de las exigencias de la cultura. Esta forma de sustracción es ofrecida en el mercado como un método que en la actualidad se trafica y comercia: se trata de la droga o de las drogas y de quien las consume los drogadictos, toxicómanos o farmacodependientes.

Chemama & Vandermerch (2004), señalan que hay una dificultad para definir este acto y las clasificaciones psiquiátricas internacionales suelen hacer mayor referencia a los comportamientos observables que a la clínica. De esta forma se evitan las palabras *drugs* y *addiction* por su excesiva imprecisión. Retorna el uso de trastorno: *disorders*. Y debido a las monomanías impulsivas donde “el sujeto se ve empujado a”, la clínica psiquiátrica francesa forjó en el siglo XIX el vocablo toxicomanía.

Diversas maneras de nombrar este problema social, pero existe una en particular cuyo significado en castellano no es sin importancia y resulta significativo a esta investigación. El término adicción que retorna a la clínica, viene a suplantar a dependencia.

De acuerdo con la Real Academia de la Lengua Española la palabra adicción proviene del latín *addictio*, *-ōnis*, y lo refiere como: 1. Asignación, entrega, adhesión// 2. Hábito de quienes se dejan dominar por el uso de alguna o algunas drogas tóxicas.//3. Adicción de *a die*, o *in diem*. Pacto por el cual recibe el

comprador la cosa con la condición de que la venta quede rescindida si en el plazo señalado encuentra el vendedor quien le de más.

Resulta interesante la primera acepción del término que hace referencia a una asignación, entrega o adhesión, ya que el adicto es aquella persona que se une, se adhiere o fusiona con algo o alguien, que se entrega y entregarse es ponerse en poder de otro; someterse a la dirección de alguien más. De esta forma adicto es aquel individuo que sigue ciegamente a un líder, sin criticarlo ni cuestionarlo, *a-dictio*.

En el ámbito médico la adicción significa 1. Una dependencia compulsiva e incontrolable de consumir una sustancia, 2. Hacer un hábito y una práctica hasta tal punto que su cesación produce reacciones emocionales, o fisiopatologías graves.

Así podría decirse que la adicción no es un simple hábito de dependencia o de compulsión incontrolable a consumir una sustancia, sino que va más allá, es un sometimiento, una adherencia y al ponerse en el poder de otro (en este caso una droga) la palabra pierde sentido. Un a-dicto no sólo es aquel que consume alguna droga, sino aquel que en el consumo se somete a una sustancia, se fusiona con ella y su nombre propio queda tachado al referirse a sí mismo y por otros como “a-dicto”.

Chemama & Vandermersch, (2004) señalan que desde el derecho medieval inspirado en el derecho romano es *contrainte par corps*, que en castellano significa “prisión por deudas”. Sanción que pesa sobre quien, hallándose en la

imposibilidad de pagar una deuda es puesto por el juez a disposición del querellante. En la a-dicción el cuerpo es puesto en juego, por medio del cuerpo se instala la servidumbre respecto de un objeto y de sus efectos.

Es desde esta perspectiva que en el presente trabajo se hablará de la toxicomanía como una a-dicción, pues en este consumo el sujeto deja de existir, y lo que queda es puro goce. Ahora es tiempo de revisar lo que respecta al cuerpo.

2.2 El estadio del espejo y su función en la constitución de la imagen del propio cuerpo.

Para discutir acerca del goce es necesario hablar del cuerpo y replantear algunas cuestiones de suma importancia. Pensar en el cuerpo resulta algo complejo, aún cuando parezca que este no es dado de forma natural. Para esto se retomará el concepto de mirada, como formadora del cuerpo y la identidad y otredad en torno al estadio del espejo, a manera de vehículo para poder hablar del deseo.

En 1931 Wallon dio el nombre de prueba de espejo a la experiencia en la cual un niño frente a un espejo lograba distinguir su propio cuerpo de la imagen reflejada de aquél. Esta es una experiencia que acontece entre los seis y ocho meses,

donde él logra reconocerse y unificar su yo. Posteriormente Lacan la retomará y la transformará en estadio del espejo⁷.

En un primer tiempo pre-especular el infante vive su cuerpo disperso, despezado, no hace diferencia entre su ser y el de su madre y mucho menos entre él y el mundo externo. No existe, en este momento, la noción de cuerpo como una totalidad unificada. Lacan lo llamó “fantasia del cuerpo fragmentado⁸”. En un segundo tiempo, en el estadio del espejo, el pequeño reconoce su imagen en el espejo y con ello asume su propio cuerpo. Una primera función del estadio del espejo es la de eliminar la angustia de dispersión o fragmentación a favor de la unidad.

La noción de un cuerpo es el resultado de un proceso y la función del espejo integrara al infante en una dialéctica que lo constituirá en sujeto. El niño no nace con la conciencia de un cuerpo y tampoco es desde el origen un sujeto. Esta experiencia es una parte fundamental que ayudará a integrar al niño en un mundo simbólico.

Siguiendo a Lacan (2007), en este dispositivo especular existen dos espacios que el chico ocupará de diferente manera. Por un lado se encuentra el cuerpo

⁷ El estadio del espejo no tiene nada que ver con un verdadero estadio, ni con un verdadero espejo, ni siquiera con cualquier experiencia concreta. Se trata de una operación psíquica por la cual se constituye un humano en una identificación con su semejante.

⁸ Esto es lo que ocurre en la esquizofrenia, la incapacidad de la unificación física y psíquica del sujeto; es un fracaso del estadio del espejo.

biológico, los datos propioceptivos le indican que para nada es una unidad. Pero en el otro polo y debido a la imagen del pequeño que aparece completa él se sentirá igual. En ese momento el espacio se ha desdoblado en dos: uno imaginario⁹, el de la imagen y en otro real, el de los datos propioceptivos. “Con esa imagen de completud el se identifica. Él cree que es ese ser completo. Esa imagen con la cual se identifica es su Yo. La imagen en el espejo lo que logra es obturar, cerrar, tapan una sensación de incompletud que estaba dada por su incoordinación muscular” (Bleichmar, 2006: 31).

Pero lo que resulta esencial para la asunción de la imagen del chico en el espejo es que éste se halle sostenido por su madre, que al mirarlo autentifica su descubrimiento. Es decir, la madre no sólo mira a su hijo, también le habla y con el lenguaje le confirma que el que está en el espejo tiene un nombre y al mencionarlo le da un lugar.

Un ejemplo que puede dejar claro la importancia que tiene la imagen en la constitución del ser humano proviene de la etología. De acuerdo con Chemama & Vandermersch (2004), la langosta en un momento de su desarrollo necesita percibir a otra langosta del mismo tipo. En un contexto experimental a estos animales se les coloca en una caja con espejos, esto resulta suficiente para que completen sin problemas su desarrollo. Una vez que la identificación se produce, incide en el desarrollo del animal. Sin embargo, hay una gran diferencia entre el

⁹ Imaginario refiere a la unidad, no es una equivocación o engaño sino un espejismo de unidad. La imagen para el niño es una certeza.

animal y el hombre, mientras que para el primero hay una imagen de la especie, para el segundo hay una imagen propia a partir de la cual se crea una imago de la especie. Es decir que es a partir de la propia imagen que se puede crear una imagen del otro.

Se puede afirmar que en este dispositivo hay dos momentos fundamentales: en uno se encuentra la relación del niño con su cuerpo y el segundo que parte del anterior se refiere a la identificación que ya no es la propia, sino que tiene que ver con el otro.

La fase del espejo será la experiencia de una identificación fundamental, pues es la conquista de la imagen del cuerpo que le dará estructura al yo (*je*) antes de que el sujeto se comprometa en la dialéctica de la identificación con el prójimo por la mediación del lenguaje, al respecto Lacan (2007: 87) menciona que el estadio del espejo es: “la matriz simbólica en la que el yo (*je*) se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto”. Luego en un segundo momento se da la identificación con el semejante. En esta etapa un niño es para otro como la propia imagen en el espejo. Un pequeño puesto en presencia de otro lo imita en todos los gestos, lo mira con curiosidad. El infante busca en este comportamiento situarse socialmente comparándose con el otro. Por ejemplo, un chico que golpea a otro dice a su mamá que el pegado fue él. El infante que ve a otro caer, llora. El niño no sólo no puede decir yo soy yo, el yo es otro. No puede mirarse distinto del otro. La imagen del semejante se estructura a

partir de la imagen del propio cuerpo. Se reconoce aquí la instancia de lo imaginario.

De esta manera la relación con el otro se arma a partir de la relación del infante con la imagen de su cuerpo. La identificación del niño de su propio cuerpo permite a su vez, la identificación al otro y esto posibilita el vínculo social.

Se trata entonces de dos momentos constitutivos dentro de este dispositivo. El yo (*moi*) imaginario cumple la función del reconocimiento en el espejo de la imagen del propio cuerpo, da pie a la unidad y resulta una protección contra la fragmentación. El otro yo (*je*) el social, nos muestra que el yo está alienado al otro, y aquí se toca un punto fundamental: el deseo, ya que si el otro es yo, eso que yo deseo será deseado por el otro. De ahí se desprende la afirmación: “Mi deseo es el deseo del otro”. Partiendo de este punto es que se puede abordar el concepto de deseo inconsciente.

2.3 Deseo.

El deseo no es una necesidad, tampoco se trata de una demanda, no busca la satisfacción sino el reconocimiento. Chemama & Vandermersch (2004), señalan que deviene más allá de la demanda como una falta inscrita en la palabra y efecto de la marca del significante¹⁰ en el serhablante¹¹. Y es justamente por esta

¹⁰ Es una huella acústica, una imagen visual, algo del orden de lo sensible o capaz de convertirse en perceptible. Inscribe una ausencia, aparece en el lugar de la cosa, en

falta que el infante se constituye como un sujeto deseante. En esta línea de pensamiento el falo¹² es el significante de la falta, significante de la falta en ser. Siguiendo a Gerber (1999), es el significante del deseo en tanto este es inequivalente a la necesidad y se vincula al registro de la demanda por donde las necesidades del hombre deben hacerse anunciar.

En el primer tiempo del Edipo existen dos personajes: el niño y la madre. El pequeño por un lado desea ser todo para la madre. “Su deseo es deseo del otro. Es decir ser deseado por el otro y tomar el deseo del otro como si fuera el propio” (Bleichmar, 2006: 37). En esta relación primordial, la madre es el Otro¹³, el lugar desde donde se le otorga el lenguaje. La madre le aporta al chico el lenguaje, lee sus necesidades y además le construye necesidades. Pero también es el otro, es la imagen con la que se va a identificar y va a constituir su Yo. En este primer

sustitución de una ausencia; no se inscribe en realidad un existente sino un ausente. Así se produce la ilusión de que si está el significante, no falta nada.

¹¹ Lacan mencionó al sujeto como *parlêtre*, es una composición del verbo *Parler* que significa hablar y del verbo *Être* que significa Ser, que quiere decir ser- hablante, en tanto el sujeto del psicoanálisis es un sujeto del lenguaje. En español las construcciones serhablante y hablante hacen referencia a esta construcción.

¹² “El falo simbólico en la subjetividad tiene los siguientes atributos:1) es algo que se puede tener pero no se es. 2) se lo puede perder por la castración. En el caso del varón tiene el pene, pero no de forma segura y definitiva, puede ser castrado. Según el varón la niña lo tenía y lo perdió por la castración. Desde la perspectiva de la niña no lo tiene porque la madre no se lo dio, pero es una ausencia sobre la base de una presencia supuesta. 3) Es algo que circula, se da, se recibe. El varón lo recibe del padre a través de su pene, la niña del hijo que recibe de aquél. 5) puede ser reemplazado por otra cosa” (Bleichmar, 2006: 58).

¹³ Lacan lo escribe con una gran A (*Autre*). Es el lugar en que el psicoanálisis sitúa lo que anterior y exterior al sujeto, lo determina a pesar de todo (Chemama & Vanderersch, 2004).El sujeto y el Otro no pueden pensarse autónomamente. El sujeto esta sometido al Otro en la forma de una dependencia simbólica fundamental. Sin Otro no hay posibilidad alguna de existir como sujeto (Recalcati, 2003).

tiempo se está caracterizando al falo a modo de objeto imaginario. El niño se identifica con un objeto imaginario (el falo) en tanto la madre lo simboliza en el falo en esa forma particular específica para ella (que sea valiente, que sea famoso, que sea obediente). El infante toma esa imagen y se identifica con ella. Sustrae de la madre el deseo de ser eso. En ella existe una simbolización, el niño en este tiempo se cree el falo, lo que la completa. De ahí que el falo sea el signo mismo de lo deseado. Es una relación por lo tanto asimétrica. “La madre es determinante, es exterior al chico, le preexiste, le moldea, le aporta el deseo, la identidad” (Bleichmar, 2006: 42).

En el segundo tiempo del Edipo se inicia la castración simbólica¹⁴, el padre simbólico¹⁵ interviene como privador de la madre en doble sentido. Con respecto al hijo: “no te acostarás con tu madre”, y con respecto a ella: “no reintegrarás tu producto”. En este tiempo el niño reconoce que a su progenitora le falta algo y que lo debe buscar en otra parte. El falo pasa a ser de algo que se es a algo que se tiene, que se encuentra por fuera de cualquier personaje. Es entonces que en la castración simbólica se produce un corte y una pérdida. El pequeño cesa de ser el falo, la madre deja de poder instaurar el falo a voluntad y tenerlo. En este sentido ella reconoce ante su hijo que no puede hacer por sí misma lo que quiere, que

¹⁴ Lacan la define como una operación simbólica que determina una estructura subjetiva, el que ha pasado por la castración no está acomplejado, por el contrario está normado respecto del acto sexual. (Chemama & Vandermersch, 2004).

¹⁵ Puede ser cualquiera que ejerza la función de la castración simbólica, que haya algo que responda a esa función definida por el hombre del padre. El padre simbólico es aquel que remite a la ley.

hay algo exterior a lo que se debe someter. Por lo tanto hay una restricción de su poder sobre su hijo; este se ubica entonces no en relación al deseo de ella, sino a un orden compartido por todos. La madre pierde su identificación con la ley y esta se instaura mas allá de cualquier personaje, con lo cual también queda castrado el padre.

Es por este camino que se introduce lo que se denomina el Nombre del Padre, que es el significante que inscribe en la subjetividad del niño la función del padre simbólico. Bleichmar (2006), señala que es el significante que instaura el lugar de la ley dentro del código. Es decir que no hay alguien que sea la ley, sino que se actúa en representación de ella.

En el tercer tiempo del Edipo se instaura la metáfora paterna. Antes de ésta el individuo no sería sujeto, sino que emergería a condición de ella. Esta metáfora es la operación en el código del “Deseo de la madre” por el “Nombre del Padre”, lo que induce la significación fálica. En este tiempo la ley y el falo quedan instauradas como instancias que están por fuera de cualquier personaje. Al no ser el niño el falo dejará de identificarse con el Yo ideal ¹⁶y se identificara con el ideal del Yo¹⁷. En este tiempo se producen dos consecuencias importantes: al asumir la ley, se acepta la prohibición del incesto, que no sólo prohíbe la relación sexual con

¹⁶ El Yo ideal es la imagen de perfección narcisista; representa a un personaje dotado de atributos, de perfección, completud y omnipotencia

¹⁷ El ideal del Yo es una constelación de insignias. Las insignias es un distintivo que lleva alguien para señalar que está ocupando un lugar, desempeñando una función, teniendo un papel que queda indicado a través de las mismas.

la madre, sino que la posibilita con otras mujeres. En este tiempo el padre es el que posibilita, aquel que otorga el derecho a la sexualidad y como consecuencia se produce la asunción de la identidad de ser sexuado (Bleichmar, 2006). Así, el falo lejos de prometer la plenitud, es marca de la castración que hace del viviente un sujeto deseante. De esta forma deviene el deseo inconsciente, que es ley de prohibición del incesto; ley de lenguaje que regula las alianzas y los intercambios entre los sujetos, impedidos de mantener su fusión con el objeto primordial: la madre.

“El deseo surge como resultado de esa imposibilidad de respuesta; es el resto irreductible de lo que la demanda no puede articular, de lo que el Otro no está en posibilidad de satisfacer” (Gerber, 1999: 129).

Es la búsqueda de un lugar, de reencuentros, de un momento de felicidad sin límite, de un paraíso perdido. El deseo de estos reencuentros imposibles permanece insatisfecho. Se encuentra reprimido e inscripto en el inconsciente. El cumplimiento del deseo no habrá de producirse jamás, lo que hace incesante su búsqueda. Así, deviene el motor de búsqueda del objeto causa del deseo. Éste tiende a aproximarse a los objetos que en tanto semblante aluden a la **Cosa**¹⁸, a condición de que siempre se preserve la mínima distancia simbólica. De acuerdo con Milmaniene (1995), el deseo funciona, paradójicamente, pues es la mejor

¹⁸ Chemama & Vandermersch (2004), señalan que se trata del objeto del incesto. Lo que hay de más íntimo para un sujeto, aunque extraño a él, estructuralmente inaccesible, significado a modo interdicto (incesto) e imaginado por él como el soberano Bien: su ser mismo.

defensa contra el deseo mismo. Garantiza la evitación del goce y se crea así un circuito espiralado, en tanto su búsqueda moviliza a su vez al deseo, que aspira a su consecución, de consumarse el deseo se entra en esa zona siniestra de goce, con riesgo ya inevitable de la máxima disolución subjetiva.

Lacan menciona que no se trata de ceder frente al deseo, es decir, es una apelación a una irrenunciable consecuencia deseante, es un modo privilegiado de esquivar el goce.

El deseo funciona entonces como el motor que permite hacer del cuerpo un sujeto deseante dentro de la cultura y al mismo tiempo es una barrera que permite evitar el goce absoluto y mortífero que borraría al sujeto. Es momento de abordar la cuestión del goce.

2.4 Goce.

Para comenzar a hablar del goce, aunque de este resulte difícil decir algo y que en todo caso sólo pueda ser circunscrito por la palabra, es necesario hacer una revisión de lo que el término lleva en su etimología desde diversos ámbitos.

Para Braunstein (2006), la significación del diccionario hace sinónimo al goce y al placer. La psicoanalítica los enfrenta haciendo del goce un exceso intolerable de placer, una manifestación del cuerpo más próxima a la tensión extrema, al dolor y al sufrimiento.

Para la Real Academia de la Lengua española gozar significa:

- Tener y poseer alguna cosa útil o agradable, ya sea dignidad, mayorazgo o renta.
- Tener gusto complacencia y alegría de alguna cosa.
- Conocer carnalmente a una mujer.
- Sentir placer y experimentar suaves y gratas emociones.
- Tener alguna buena condición física o moral; “gozar de buena salud”.

Resulta interesante notar que el verbo gozar hace mayor hincapié en algo que se tiene, que en algo que se siente como sería en el caso del placer. Pero no será del placer, ni mucho menos de la alegría (*enjoyment*), desde donde Lacan retomará este término.

Goce en castellano, en alemán *der Genuss*, la *Jouissance* en francés. Así goce y *jouissance* derivan del verbo latín *gaudere*, el mismo que a su vez tiene una herencia en el verbo joder del latín *futuere*; cuya traducción al castellano es fornicar. *Futuere* deriva de la palabra francesa *foutre* y que tiene cuatro acepciones de vital importancia:

- Fornicar.
- Molestar, estorbar.
- Arruinar, echar a perder.

- Interjección que denota asombro o incredulidad.

De esta forma el término goce se va diferenciando del placer, de la alegría y del júbilo, pues se trata de algo que estorba, molesta y arruina, en palabras de Lacan, que no sirve para nada (Lacan, 1989) .

El término Goce llega a Lacan por el camino del derecho, más específicamente por Hegel. Ahí es donde aparece el Goce como algo particular, subjetivo, imposible de compartir e inaprensible a la razón. Lacan establece la relación del derecho y el goce por una palabra “el usufructo” que quiere decir que se puede gozar de sus medios, a condición de no despilfarrarlos. “Esclareceré con una palabra la relación del derecho y del goce. El usufructo – ¿no es acaso una noción del derecho?- reúne en una palabra lo que ya evoque en mi seminario sobre la ética, es decir, la diferencia que hay entre lo útil y el goce. ¿Para qué sirve lo útil? Es que nunca ha sido bien definido en razón del prodigioso respeto que, debido al lenguaje, tiene el ser que habla por el medio. El usufructo quiere decir que se puede gozar de sus medios, pero que no hay que despilfarrarlos. Cuando se tiene el usufructo de una herencia, se puede gozar de ella a condición de no usarla demasiado. Allí reside la esencia del derecho: repartir, distribuir, retribuir, lo que le toca al goce (Lacan, 1989: 11)”. Es decir, que en el sentido jurídico únicamente puede gozarse de aquello que se posee, y para poseerlo plenamente es necesario que el otro renuncie a sus pretensiones sobre ese objeto.

Según Braunstein (2006), es el disfrute de la cosa en tanto es objeto de apropiación y ocultando en la teoría que la apropiación es una expropiación pues

algo sólo es “mío” en tanto que hay otros para quienes lo “mío” es ajeno. En este sentido sólo podría gozarse del cuerpo, pues es lo único propio de cada sujeto.

Existe Goce en el ser que habla y porque habla. El goce se produce donde el sujeto no sabe. Punto de articulación del cuerpo y del lenguaje. “Nada puede decirse de él si no con esos rodeos que terminan en impases, con demostraciones de imposibilidad lógica, donde ningún predicado basta. Lo tocante al ser, a un ser que se postule como absoluto, no es nunca más que la fractura, la rotura, la interrupción de la formula ser sexuado en tanto el ser sexuado está interesado en el goce” (Lacan, 1989: 19).

De esta forma el goce está en la impotencia, en lo fallido, en la compulsión a la repetición. Este concepto ya era mirado por Freud y sólo apalabrado por Lacan. Freud en su texto *Más allá del principio del placer* (1986), menciona que los procesos anímicos son regulados por el principio del placer¹⁹. La idea de que el principio del placer rige la vida anímica encuentra su expresión en la hipótesis de que el aparato anímico se afana por tener lo más baja posible o al menos constante la cantidad de excitación. Así, el principio del placer se deriva del principio de constancia. Sin embargo, lo que se muestra en la vida diaria no es así. Existe en ella un intento renovado y reiterado de volver a la escena dolorosa. Por ejemplo, el paciente que bajo una demanda de curación se halla un aferrarse a la enfermedad.

¹⁹ El placer y el displacer son cantidades de excitación presentes en la vida anímica. El displacer es un incremento de esa cantidad y el placer una reducción de ella.

Lo que Freud logra mirar en el famoso *fort-da*²⁰, es el caso del niño que gustaba de repetir el mismo juego aventar y después regresar el carretel, pronunciando un fuerte “o-o-o-o” que significaba *fort* (se fue), y cuando regresaba el carretel gritaba “*Da*” (acá está). Éste era el juego completo el de desaparecer y volver, simbolizando la madre ausente que partía y luego regresaba, donde el niño ahora era el activo el que la echaba de su lado. De esta forma se puede dar cuenta de que bajo el imperio del principio del placer existen suficientes medios y vías para convertir en objeto de recuerdo y elaboración anímica lo que en sí mismo es displacentero.

Freud da cuenta que en la vida diaria se repiten situaciones afectivas dolorosas. Es una compulsión a la repetición que se instaura más allá del principio del placer y que hace revivenciar momentos que no pueden menos que provocar displacer al Yo, puesto que saca a la luz operaciones de mociones pulsionales²¹ reprimidas. De esta forma se devuelven vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces.

²⁰ Para mayor referencia véase el texto de Freud: *Más allá del principio del placer*.

²¹ Concepto destinado a dar cuenta, a través de la hipótesis de un montaje específico, de las formas de relación con el objeto y de la búsqueda de la satisfacción. Dado que esta búsqueda tiene múltiples formas se prefiere hablar de pulsiones, salvo en el caso en que interese hablar de su naturaleza general. Las características comunes fueron definidas por Freud como la fuente, el empuje, el objeto y el fin. Sus destinos son: inversión, reversión, represión y sublimación (Chemama & Vandermersch, 2004:568)

Es así como Freud descubre algo muy importante que después retomará Lacan para la construcción del Goce. Esta compulsión de repetición no es sino una pulsión universal y dice: “una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior”. Si esto es así todo organismo vivo tuvo un estado anterior inorgánico y aspira regresar a este estado inicial, “la meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: lo inanimado estuvo antes ahí que lo vivo” (Freud, 1986: 38) de esta manera se observa que existe una pulsión de muerte, y que el organismo sólo quiere morir a su manera.

La repetición es un intento de abandonar la deuda simbólica que el lenguaje le impone. El goce imposible, imposible también de apalabrar está ahí. En lo fallido al objeto de deseo.

“Si el goce supone el sufrimiento erotizado, la marca dolorosa en la carne, la laceración impiadosa, la mella de toda integridad libidinal. El goce –alejado del reparo ordenar y pacificador de la palabra y la ley- siempre desemboca en posiciones tanáticas. El sujeto -atrapado en el exceso y la desmesura de la pasión- no puede resistir su propia inmolación, fascinado por la pregnancy cautivante de la muerte” (Milmaniane, 1995: 23). ¿Qué tendrá que ver esto con la a-dicción? Es momento de revisar el punto fundamental de esta tesis: el goce y la a-dicción.

2.5 Goce y a-dicción.

La a-dicción es una nueva forma de síntoma de la modernidad que elige el sujeto para escapar a la función fálica y al mundo simbólico; el a-dicto es el personaje que con su dependencia quiere probar que el inconsciente no existe. En esta época en donde los vínculos sociales se degradan y existe un predominio de los procesos individuales, es una relación autística de los sujetos con los objetos de goce que el mercado produce. Así, las a-dicciones aspiradoras del deseo y prometedoras del goce, pueden extenderse al infinito. La droga es sólo una forma de a-dicción que permite un cortocircuito con el goce.

En la intoxicación “no hay muerto sino un darse por muerto” (Braunstein, 2006: 279), donde se entrega el cuerpo al Otro que lo degrada y lo muestra en la miseria de sus servidumbres orgánicas. Bajo este estado el sujeto se pierde, no hay nombre propio únicamente a-dictos, alcohólicos, toxicómanos, esta forma de nombrarlos y nombrarse a su vez permite huir de la pregunta por el Ser. Esta a-dicción que facilita una vía directa al goce es una forma de impugnar la exigencia del Otro, de la castración que obliga a renunciar a una parcela de goce.

La dificultad en el hablante, menciona Lacan, radica en sacar de la castración un goce, la de permitir que la castración y el deseo liberen de la angustia conduciendo hacia la investidura del cuerpo del Otro que simboliza la falta propia. La angustia procede de descubrir que estamos en un orden fálico, castrados y casados con el falo, regidos por el lenguaje en un mundo simbólico, de ahí que cualquier cosa que permita escapar de esta unión será bien recibida, “Todo lo que

permite escapar a ese casamiento es evidentemente bien recibido, de donde resulta el éxito de la droga, por ejemplo; no hay ninguna otra definición de la droga que esta : es lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pipi” (Lacan 1975, citado en López, 2003: 63). El sujeto para inscribirse en el lugar del Otro debe pagar un precio simbólico, perder cierto goce, es decir la acción del Otro convierte al sujeto en faltante, dividido y por tanto deseante.

Lo que muestra este orden fálico es que nuestro deseo siempre será insatisfecho; en apartados anteriores se mencionó que el falo es el significante de la falta en el ser. Con la droga lo que sucede es que la falta no se provoca por un objeto irrecuperable, sino por una mercancía que se compra en el mercado, así la droga sustituye al deseo inconsciente, que se disfraza como una necesidad en el organismo. En lugar de deseo lo que queda es pura necesidad de llenarse de droga.

Braunstein (2006), menciona que se trata de una necesidad planteada en términos absolutos, de vida o muerte: o existe un goce químico o hay la nada. En este sentido el sujeto queda abolido y reducido a la condición de desecho.

La simbolización del juego del *fort-da*, que no es otra cosa que la transposición al lenguaje de una realidad inabordable como tal, permite que el significante esté en lugar de la cosa, una falla en este pasaje deja al sujeto encadenado a la repetición incesante del fracaso, en cuanto a lograr una identidad con el goce perdido. Un ejemplo de esto es la compulsión a ingerir una sustancia toxica, lo que no logró simbolizarse es la falta estructural. Así es como en la a-dicción lo que falla es el

símbolo y el deseo: “En el objeto droga sobrevive la Cosa. El sujeto quiere preservarla como una propiedad suya. Por eso el agujero del heroinómano (o para el cocainómano si se piensa en el orificio nasal) es lo opuesto al que abre el significante en el ser. Para el heroinómano el agujero no es provocado por el significante y no vacía el cuerpo de goce; el agujero es un agujero real que sirve para introducir goce en el cuerpo y no para sacarlo” (Recalcati, 2003: 151). Esta es la diferencia entre la droga y el objeto causa del deseo, la droga es un nombre de la cosa y no del objeto perdido que enmascara y sustituye al deseo inconsciente; no se trata de un objeto sexual sustitutivo, por el contrario, carece de valor fálico, siendo un sustituto de la sexualidad misma.

Recalcati (2003) subraya que es así como estos objetos de dependencia, la droga para el a-dicto, el alcohol para el alcohólico, la comida para la bulímica y la imagen del cuerpo delgado para la anoréxica, ofrecen la ilusión de anular la falta. Son objetos de un goce no castrado. La sustancia promete al sujeto una felicidad absoluta, momentánea e instantánea. El objeto siempre está presente, aún cuando esté ausente; se encuentra en la cabeza de los a-dictos, es un pensamiento obsesionado por la presencia de la cosa, no hay falta, sólo totalidad de la cosa. Es decir, para que un objeto adquiera una propiedad adictiva requiere de algo más que su cualidad química, necesita un desplazamiento significativo por el cual dicho objeto pasa a ocupar un lugar en el deseo “de otra cosa” del sujeto. Así, la ley que ordena desear no opera.

En el texto de 1930 *El malestar en la cultura* Freud menciona que la vida resulta gravosa, con dolores, desengaños, tareas insolubles, para soportarla no se puede prescindir de calmantes, sustancias embriagadoras que influyen sobre el cuerpo, alterando su quimismo. Si bien los seres humanos quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla; es decir, por un lado quieren la ausencia de dolor y de displacer; por la otra desean vivenciar intensos sentimientos de placer. Así, Freud refiere: “Es que al fin todo sufrimiento es sólo sensación, no subsiste sino mientras lo sentimos, y sólo lo sentimos a consecuencia de ciertos dispositivos de nuestro organismo. El método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación” (Freud, 1986: 77).

De esta forma los métodos más interesantes de evitar el sufrimiento son los que influyen sobre el organismo y tienen la capacidad de anestesiar el dolor de la existencia, haciendo de una forma inexistente al ser parlante, lo hacen a-dicto; pues al impugnar al Otro falla el deseo; al no haber deseo se pierde el sujeto.

Lo que se logra conseguir con la droga en la lucha de tapar la falta resultapreciado a través de la historia del hombre, lo que se puede corroborar en el capítulo anterior, las sustancias embriagantes forman parte de nuestra cultura y más aún en una cultura como la nuestra, enmarcada en una sociedad de consumo. No sólo se le debe a la droga la ganancia inmediata de placer, cuestión de suma importancia en la sociedad, sino una independencia del mundo exterior. Con ayuda de los “quitapenas” es posible sustraerse de la realidad y

refugiarse en un mundo propio con “mejores” condiciones de sensación. Pero no es en este texto donde Freud da cuenta por primera vez del efecto de las drogas, ya lo había descubierto desde muy temprano en su artículo “Sobre la cocaína” en 1884. Ahí refiere que la función de las sustancias es evitar el dolor. No se trata de una solución con respecto a lo que causa el sufrimiento, sino una cancelación por un tiempo al dolor. López (2003), menciona que es importante señalar a las sustancias tóxicas como el rechazo del sufrimiento y no la manera de un logro de la satisfacción, por el contrario esta compulsión por evitar el dolor produce, paradójicamente, la pasión extrema del toxicómano: su esclavitud a la droga.

No es que con la droga el dolor deje de existir, si bien se cancela por un momento, aunque cada día dura menos la sensación, después aparece la resaca más fuerte, por un lado por la necesidad cada vez más intensa de consumir una sustancia; y por el otro para seguir sustrayéndose de la cultura, pues la angustia de estar casados con el falo es insoportable, lo que hace que la droga ocupe el pensamiento de los a-dictos.

De tal modo que en la esclavitud hay una entrega a un otro, en este caso a una sustancia, un objeto del mercado al que se le ofrece el cuerpo como máquina que metaboliza sin deseo ni palabra, porque este Otro-objeto no pide ni espera nada, no es deseante y así resulta más letal. Braunstein (2006) enfatiza que la a-dicción no es sólo una renuncia a pronunciar las palabras que representarían al sujeto ante el Otro exigente, ese Otro que demanda que se desee su deseo, que permite que el sujeto se inscriba en él. Si el Otro ni espera algo, ni hace saber lo que

quiere, sino es deseante, ¿para qué hablar? En este caso el sujeto queda aniquilado en la sordera del Otro. Se trata, más allá de la renuncia a la palabra, de una entrega del cuerpo que puede mostrarse degradado, sucio, en calidad de desecho, mostrándose como pura carne que consume sustancias, aspiradoras del deseo. Las drogas que embriagan ofrecen un goce total sin pasar por el deseo, sin la palabra, permiten desprenderse de la cultura y sólo queda el cuerpo como un resto hecho objeto.

Así las sustancias tóxicas vienen a colmar el lugar vacío de un resto y operan en lo inconsciente, como una recuperación maniaca, necesariamente fallida de la cosa. El a-dicto reniega de la castración; cree que la droga es una vista fugaz a cierto paraíso particular y artificial, pero alcanzable. Esta ilusión lo lleva a consumir de un modo tan compulsivo que lo lleva a consumir-se, en un goce mortífero, en la búsqueda de un paraíso perdido, en el intento renovado y reiterado de anular la diferencia, de llegar al Uno.

De esta manera en la a-dicción el deseo se anula en un goce autista, autótrofo. Como menciona Recalcati (2003), es un deseo sin luz, lleno de muerte, es un deseo abolido por el goce, por el odio puro hacia el Otro.

CAPÍTULO 3. DE LA A-DICCIÓN A LA APUESTA POR LA CREACIÓN DEL NOMBRE PROPIO.

“Analizarse es arriesgarse a saber hacer otra cosa con su síntoma que no sea sentirse enfermo, torpe, inhibido o cobarde. Es arriesgarse a llevar al síntoma al campo del ardor y, si, eso no es sin consecuencias”.

-H. Morales, 2008.-

Si bien la a-dicción es un no decir, es el silencio del deseo del sujeto en la intoxicación y con la cual se pretende tapar la falta estructural de todo sujeto. Lo que se plantea en este capítulo es la necesidad de que haya palabra ahí donde no la hay, que haya un decir del deseo, ahí donde está anestesiado por los efectos alucinantes de la droga.

Existe una cierta segregación del a-dicto al que se entrega a procesos terapéuticos que pueden ser del mismo tipo de lo que se trata de curar y se buscan productos químicos de sustitución. O la cura consiste en dejar de consumir una droga; es decir, eliminar el hábito. Más allá de eliminarlo, lo que le toca al psicoanálisis es escucharlo. La propuesta es que dado que no se llega con la palabra se la encuentre con otros medios.

A partir de la escucha del síntoma se trata de que el a-dicto deje de serlo para ser un sujeto, con nombre propio y una subjetividad de la cual pueda hablar.

En la actualidad se hallan muchos métodos para tratar a los a-dictos: terapias cognitivo-conductual, alcohólicos anónimos que debido al anonimato y a la grupalidad de nuevo no hay una pregunta por el ser, incluso la religión se encarga de esto, y los alcohólicos muchas veces recurren a jurar en nombre de dios para dejar de consumir una sustancia, porque se jura en nombre de alguien más y no en el propio, porque este no existe en el a-dicto.

Algunas asociaciones tienen como fin el agrupamiento de los sujetos a través de lo idéntico. Se trata de una identificación que no siempre instituye lo particular de cada sujeto, sino que lo anula justamente por el vínculo que entre los sujetos se reconoce como homogéneo y que por lo tanto excluye la diferencia.

Recalcati (2003: 307), menciona: “la monosintomaticidad, en resumidas cuentas, garantiza al sujeto la conquista de una identidad particular a través de de una identificación universal que, así mismo, parece abolir de por sí cualquier rasgo particular. La otra cara de la moneda de esta neo-identidad queda así constituida por el hecho de que la función social del síntoma tiende a hundir, a empantanar al sujeto mismo en el Otro, en lugar de dejar que emerja en su singularidad: en efecto cuanto más certeza identificativa (de masa) se gana, mas subjetividad se pierde”. Lo singular de cada sujeto se pierde dentro de un síntoma grupal, pues justo eso ayuda a esconderse dentro del otro “igual”.

Al respecto Gómez (2002), señala que mientras más se definen por su adicción y dependencia a las drogas, más se sujetan a ellas, pues de esta forma se les puede ubicar de alguna manera.

Siguiendo a Vera (1998) en muchos tratamientos se usa a modo de técnica la regla de abstinencia, debido a que se cree que la droga es un obstáculo en la rehabilitación, pues su consumo y las sensaciones que produce impiden al paciente que elabore el duelo por la pérdida del objeto. Sin embargo, esta regla que invoca como condición necesaria la ausencia real de la droga, no hace sino convocar su presencia, más allá de acceder a la falta simbólica durante el tratamiento, lo aliena en una relación imaginaria con el analista, basada en la frustración con respecto a la droga que continuará siendo el único objeto del cual espera satisfacción.

Además al suponer como condición necesaria que la droga este fuera se confirma la creencia de que la a-dicción es el efecto de las propiedades extraordinarias de la droga y no del lugar que el sujeto le otorga en la dialéctica de su propio deseo.

Si bien estas técnicas funcionan en algunos casos, no es lo que le corresponde al psicoanálisis, pues este postula, más allá de eso, la responsabilidad de cada sujeto y la escucha de un malestar, lo cual no significa que en esto se pueda encontrar La respuesta y La cura, pues se trata de singularidades, que además de explicar un problema por una corriente teórica, lo que se busca es construir una propuesta de trabajo. A cada persona que desempeñe el lugar de psicoanalista, terapeuta, psicólogo, le corresponde replantear su práctica en cuando a la

cuestión de las a-dicciones. Lo que se pretende es que esta investigación convoque y provoque la reflexión en lo que respecta a este problema.

“La cuestión crucial para el psicoanálisis y para los psicoanalistas comprometidos en el frente de la función social del síntoma consiste, pues, en averiguar cómo actuar en el seno de estos grupos, asociaciones, instituciones –que se apoyan en la lógica de la identificación colectiva que garantiza al sujeto cierta forma de identidad y de integración social- con el fin de introducir en ellos el principio analítico de la división subjetiva, con el fin de producir la transformación de la necesidad de lo idéntico en la contingencia de lo equivoco. Es decir, ¿cómo producir un síntoma no sólo social, sino subjetivado y, por tanto, indicativo no de un rasgo común, sino de la verdad reprimida de un sujeto?” (Recalcati, 2003: 307). Se trata de rehabilitar la función del inconsciente, aun dentro de estos espacios colectivos e institucionales, donde se brinde una escucha de la historia de cada sujeto.

Freda (2005), en colaboración en el texto de Miller (2005), menciona que una solución es crear un síntoma. Pareciera entonces que para sacarlos de una adicción hay que enfermarlo y dice: “¿Cómo se vuelve sujeto de un síntoma freudiano a alguien que encontró la solución a todo el orden de cosas (la relación sexual, el inconsciente, incluso el síntoma)? Me parece que se trata simplemente de hacerle amar la palabra (Miller & Laurent, 2005: 313).

Las instituciones en principio obstaculizan el acceso a la droga. Sin embargo, se ve un fracaso constante porque los a-dictos mientras se encuentran en ese lugar

se desintoxican para retomar la droga cuando salgan de ahí. De acuerdo con Vera (1988), para que el abandono de la droga sea el producto de los efectos de la castración simbólica y para que los efectos de la pérdida sean los de relanzar la dinámica del deseo, es necesario que el renunciamiento pulsional que supone el abandono de la droga tenga lugar en el interior de la relación con el analista y sólo en el momento en que esta relación haya cobrado tanta importancia como la que tiene su relación mortífera con la droga.

Por lo que la institución sería un primer momento de intervención. Lo que hace falta es un trabajo en conjunto, uno que acompañe al de las instituciones, y es aquí donde entraría el psicoanálisis, como una labor que permita que “el soy adicto” cambie por la creación del sujeto en su nombre propio, por un decir en lugar de la renuncia a la palabra.

Ante esto Rodríguez señala: “una cosa es considerar al adicto portador de un síntoma y tratarlo como a tal con medicación y otras medidas, y otra es ir a la raíz de la situación y aprovechar el tratamiento para que la persona acabe su desarrollo o corrija sus fallas....Unos tratamientos no excluyen a los otros, persiguen finalidades diferentes y todos pretenden ayudar al adicto” (Rodríguez, 1996: 236)

En este capítulo se retomaran algunas cuestiones sobre lo que Lacan abordó en uno de sus últimos seminarios, el *sinthome* y la relación en torno a la escritura de James Joyce. Sin embargo, esta tesis no pretende ser exhaustiva en la revisión de algunos conceptos, ello no se puede porque requeriría de otra investigación. Sólo

se tratará de circunscribir aspectos necesarios que permitan replantear la labor que se realiza con los a-dictos y que inviten a encontrar una propuesta otra, sin perder el objetivo principal de esta investigación.

3.1 Los tres registros.

Para hablar del *sinthome*, un constructo que Lacan inaugura en uno de sus últimos seminarios es necesario hacer una breve descripción de los tres registros que le dan estructura a un sujeto: el Real, el Simbólico y el Imaginario. Resulta difícil hablar de cada registro de manera independiente, pues los tres están vinculados de igual manera y uno no excluye a los otros. No se trata de instancias separadas, sino de registros que se entrecruzan en la constitución del sujeto.

3.1.1 El Imaginario.

El registro de lo imaginario procede de la construcción de la imagen del propio cuerpo, es decir del Estadio del espejo, la fase en la que el niño reconoce su imagen frente al espejo.

Recordando un poco el capítulo anterior, se puede decir que este registro surge a partir de la experiencia que tiene el niño entre los seis y dieciocho meses, cuando descubre su imagen frente al espejo. Según Porge (2001), es un acontecimiento en el que el niño realiza una identificación primaria y modifica las relaciones del

individuo con su semejante. Crea en el infante la imagen de un cuerpo unificado, de esta forma su yo (*moi*) se constituye una ficción. En otras palabras, esta experiencia que debe ser reconocida por la mirada del Otro es lo que ofrece la ilusión de la unidad del cuerpo que de otro modo quedaría en la fragmentación, como es el caso de los esquizofrénicos.

3.1.2 El Simbólico.

El registro de lo simbólico es una función compleja que abarca toda actividad humana, incluye una parte consciente y una inconsciente. Determina en el hombre las formas de lazo social y sus elecciones sexuadas. De acuerdo con Chemama & Vandermesch (2004), el registro de lo simbólico es un organizador subyacente de las formas predominantes de lo imaginario. En el sentido del psicoanálisis, es simbólico, por definición, aquello que falta en su lugar.

Como anteriormente se mencionó, un ejemplo que puede aclarar un poco más este registro es el juego del niño con el carretel en el texto escrito por Freud en 1986 *Mas allá del principio del placer*, en donde hay marcas significantes *fort-da* que denotan la presencia ausencia de un ser querido. Es decir, que sólo a través del lenguaje,²² independientemente de la presencia o ausencia real, es que se

²² Desde el punto de vista psicoanalítico, el lenguaje puede ser definido como la condición misma del inconsciente. La posibilidad de que exista un pensamiento inconsciente está dada por el hecho de que el ser humano es un ser hablante (*parlêtre*). Solo en la estructura del lenguaje se puede vislumbrar la organización del inconsciente.

realiza lo que se nomina muerte a la cosa: una integración de la marca simbólica significativa. El orden simbólico esta constituido por el lenguaje.

Es sobre un fondo de falta de ausencia como se puede elaborar lo simbólico en la función significativa en tanto designa una pérdida. En este sentido, es el nombre del padre el que duplica en el lugar del Otro la función simbólica a través de la prohibición del incesto, establece la autoridad y así ordena el significante fálico. Lo que implica que sólo en el lugar del Otro inconsciente el sujeto puede tener acceso al falo en tanto significativo.

“La metáfora paterna es la responsable de la articulación de los campos de lo imaginario y lo simbólico. Ella impone la ley al separar al hijo de la madre hace de su cuerpo eso para siempre separado del objeto” (Bicecci, 1999: 281).

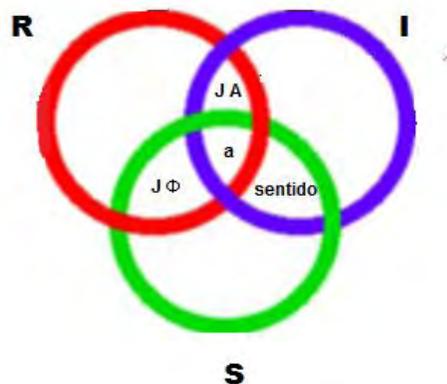
3.1.3 Lo Real.

Si lo imaginario es aquello que remite a la experiencia del espejo y al reconocimiento en una imagen, lo simbólico alude al lugar de la palabra y del lenguaje; de lo real, el último registro y el de mayor dificultad se puede decir una aproximación. Para Harari (1995), es lo que tiene que ver con lo que se encuentra fuera de toda ley, no se trata de una ley en términos jurídicos, sino de cualquier orden determinado. Es lo que carece de organización y que despierta angustia.

Porge (2001) menciona que lo real no es lo que designa una realidad de las cosas, con lo cual los pensamientos del sujeto estarían en adecuación. Se trata por el contrario de un encuentro fallido con la realidad, es lo que no funciona, lo que se cruza y que está en la repetición de la búsqueda del objeto perdido. Lo real es lo imposible, lo que se encuentra fuera de lo simbólico. En este sentido la realidad calma, nos mantiene confortables, lo Real sobresalta, angustia.

3.2 El cuarto lazo y el nudo borromeo.

Lacan representó a los registros Imaginario, Simbólico y Real por medio de tres redondeles de hilo anudados borromeamente, lo cual implica que si uno de los registros se deshace los otros dos también quedarán sueltos, esa es la condición necesaria para una cadena borromea.



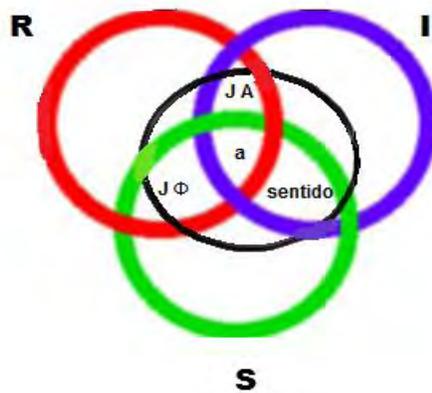
Sin embargo, esto no hacía un nudo, lo que lo llevó a pensar que para hacer un nudo y que estos registros que estructuran al sujeto no se desanudaran era

preciso un cuarto. En el seminario de RSI²³ Lacan introduce la cuestión del cuarto lazo del nudo borromeo, que según él anuda al registro imaginario, simbólico y real, y que desde la concepción Freudiana interpretada por Lacan es la realidad psíquica.

La realidad psíquica es para Lacan el complejo de Edipo. La forma de vincular los tres registros en igual equivalencia la encontró en el nudo borromeo. Y no pudo prescindir de ese cuarto lazo. Durante muchos años construyó la función del Nombre del Padre, fundamental para la constitución del sujeto del inconsciente y la función simbólica por excelencia. Pero después introduce el Nombre del Padre como el cuarto lazo, padre nombrante, padre que nomina.

En otras palabras el cuarto lazo que permitía hacer nudo y sujetar el registro de lo simbólico, lo imaginario y lo Real, es lo que Freud en algún momento de su enseñanza trastocó y designó realidad psíquica o complejo de Edipo, y Lacan años más tarde nominó *Le sinthome*.

²³ Las iniciales RSI, hacen referencia al seminario de Lacan denominado Real, Simbólico e Imaginario.



El síntoma señala lo que no funciona en lo Real. Según Morales (2008), Marx es el primero en plantear la naturaleza del síntoma, al mostrarlo a manera de un signo de que algo no funciona. "...es por vía del síntoma que se opera en lo real". Es lo que produce efectos en lo real y la evidencia de que algo no funciona.

En tanto existe el inconsciente, se muestra que hay una falta en el campo de lo humano. Esta falta es lo que permite que el sujeto exista, pues hace del humano un sujeto deseante. El sujeto del inconsciente está sujetado a un saber que no se sabe. De esta forma hay un agujero que es la falta de un saber. Lo que el sujeto busca saber es sobre su muerte, pero ésta es incognoscible e indecible.

En su seminario al que Lacan denominó "*Le sinthome*" señala la diferencia entre el modo común de llamar al síntoma (*syntome*), y la manera en como él lo había nombrado. Y es aquí donde aparece el comentario sobre Joyce que marcara en definitiva el seminario. El *sinthome* de Lacan comienza con un *sin* que significa en inglés falta, pecado, el pecado de Adán y Eva, pero además hay homofonía con *saint homme* que significa hombre santo. Así el *sin* es la falta, la primera falta.

El *sinthome* es lo que Lacan designó el cuarto lazo, ese que anuda los registros, Imaginario, Simbólico y Real. La función de anudamiento entonces, es sostenida por el Nombre del Padre, el padre que nomina. Pero cuando este significante no está o no funciona, viene el síntoma a ocupar ese lugar de falla. Es la función del cuarto lazo en tanto la función del Nombre del Padre falla. Pero lo que se constata es que el Padre siempre falla, de esta forma se puede decir que el padre es la fuente del surgimiento de un síntoma. No hay padre que no falle.

El nombre del padre es el cuarto elemento responsable de producir el anudamiento. “La función de cuarto elemento posibilitaría la consistencia entre lo real del cuerpo, el cuerpo imaginario y el cuerpo del lenguaje” (Orvañanos, 1998: 127). Es decir, que existe una suplencia de la función significante del Nombre del Padre y por ello Lacan pasó del Nombre del Padre a los Nombres del Padre o a las suplencias del Nombre del Padre, el *sinthome* es una forma de esta suplencia.

Para ejemplificar esto Lacan tomó la escritura de Joyce²⁴, la cual ocupaba el lugar de un *sinthome*. La escritura del autor de *Dublinenses* fue un artificio, que corrigió el error de anudamiento entre lo real, lo simbólico y lo imaginario. Es por medio de su escritura y de hacerse un nombre como James Joyce remienda el error del

²⁴ James Augustine Aloysius Joyce nació en Dublín, el 2 de febrero de 1882 y muere en Zúrich el 13 de enero de 1941. Fue un escritor irlandés, reconocido mundialmente como uno de los más importantes e influyentes del siglo XX. Algunas de sus obras más reconocidas son: *Retrato del artista adolescente* (1916), *Dublinenses* (1914), *Ulises* (1922), *Finnegans Wake* (1939). Lacan habla de Joyce en su seminario 23 “Le sinthome”, utilizando su escritura a modo de ilustrar lo que para él era el cuarto lazo. Gracias a su escritura logró hacer una reparación que lo sostuvo a lo largo de su vida sin caer en la psicosis. Le daba la posibilidad de adquirir un nombre por su cuenta, al ser reconocido por los universitarios, y no heredarlo de su padre.

nudo. El síntoma de Joyce es su nombre propio, él necesitó crearse un nombre, donde la carencia paterna dejó una disfunción. “Lo curioso es que haciéndose de un nombre a través de su trabajo artístico, provoca una doble relación con el padre; por un lado, lo sostiene allí donde falló y, por otro, produce una diferencia radical respecto de él. El síntoma viene a suplir la carencia del padre nombrante: es James Joyce *by self* quien se da su propio nombre” (Morales, 2008: 437).

De esta forma el cuarto lazo es lo que permite la nominación, y es justo del hacerse un nombre a lo que apunta todo este breve recorrido.

3.3 La importancia del nombre propio en la clínica.

El cuerpo es sólo eso, no se nace sujeto, sino que se hace y, una manera de hacerse sujeto es por medio del nombre propio. Al respecto en su seminario sobre la Identificación, Lacan plantea la siguiente interrogante:

“¿Que es el nombre propio? Parece que la cosa no se entrega al primer examen, pero intentando resolver esta cuestión, hemos tenido la sorpresa de encontrar la función del significante, sin duda en estado puro; era en esta vía que el lingüista mismo nos conducía al decirnos: un nombre propio es lo que vale por la función distintiva de su material sonoro, con lo que no hacía por supuesto sino duplicar lo que son las premisas mismas del análisis saussuriano del lenguaje; a saber, que es el rasgo distintivo, el fonema acoplado a un conjunto de una cierta batería, en la medida en que no es lo que son los otros, que lo encontramos aquí como

debiendo designar el rasgo especial, el uso de una función sujeto en el lenguaje: la de nombrar por su nombre propio” (Lacan, 1962: 77).

El cuerpo funciona a manera de referente real e imaginario de un significante, el nombre. El nombre, los distintos nombres de cada uno, pertenecen, en tanto que significantes al registro de lo simbólico por medio del cual el sujeto puede ser reconocido. “(.) la relación del sujeto con su propio discurso se sustentará en el mismo efecto de la escisión. Eso quiere decir que el sujeto sólo figura en su propio discurso a costa de esta misma escisión: desaparece como sujeto y sólo se encontrara representado bajo la forma de un símbolo. Este es precisamente el proceso al que hace referencia Miller, con el nombre de sutura, al que define como aquello que nombra la relación del sujeto con la cadena de su discurso, y agrega que el sujeto figura allí como el elemento que falta, en calidad de reemplazante. Ya que, al faltar no esta pura y simplemente ausente. Esa es la misión que cumplen ciertos símbolos privilegiados: el nombre, el yo (*je*), el yo-yo (*moi-je*) el tu, (...) pro-nombres cuya función es asegurar la representación simbólica del sujeto en su discurso” (Dor, 2000: 122).

Braunstein menciona que vivir es ser llamado, es una atribución que viene del Otro. Es una invención que como menciona Lacan no tiene un equivalente preciso en otros idiomas, y que sin embargo forma parte de una lengua. Este significante es por medio del cual el sujeto puede aspirar a ser reconocido y que además le otorga un lugar en la cultura.

Citando a Dor (2003: 100) en *Introducción a la Lectura de Lacan II* al establecer la diferencia entre el nombre común y el propio menciona: “En referencia al primero, existe una relación de significación entre el nombre y el objeto afectado que designa. El segundo, en cambio, jamás transmite el sentido de un objeto, sino a lo sumo una marca”.

Es decir, que el nombre es una marca que lo representa en la cultura y con la cual el sujeto se puede hacer diferenciar, es una entidad distintiva en el hablante que permite, quiéralo o no, colocarlo en un árbol genealógico y que al mismo tiempo otorga un anudamiento entre lo real, lo simbólico y lo imaginario.

Así, puede afirmarse que “vivir es llevar un nombre”. Como bien lo refería Braunstein (1997), el nombre se lleva hasta la muerte y más allá, porque del difunto se seguirán diciendo cosas, continuarán nombrándolo aunque él deje de llamarse. Esa es justa la función del significante, la de representar algo aun cuando este ausente. Al respecto agrega “Y es que nacer y llevar un nombre propio son la misma cosa. Pues sin el nombre no se nace. Más allá de la banalidad pregnante que es el nacimiento como acontecimiento natural, hay que nacer dos veces, una cuando el nombre le es al humano impuesto y otra cuando, sin saberlo, ni quererlo, ni darse cuenta, el nombre es aceptado, asumido como un yo. Yo soy, yo me llamo, yo tengo este nombre...” (Braunstein, 1997: 72).

¿A dónde apunta todo este recorrido? Pues bien, perfila a una propuesta entre muchas otras del trabajo con a-dictos, se trata de la clínica en el nombre propio. Si bajo la premisa “soy a-dicto” el sujeto pierde su subjetividad y se descoloca, la

creación de su propio nombre en un trabajo analítico pretende que de nuevo se posicione como sujeto deseante y en falta, que a partir de eso, nuevamente pueda construir un lazo social.

“¿De donde surge la cuestión para poseer identidad? Del ser nombrado; sin nombre no hay posibilidad de que se pueda diferenciar un existente respecto de cualquier otro... La incorporación del nombre es crucial para remitirnos al que nos interesa, a percatarnos de lo que implica lo nombrado –y el nombrar- en la vida de los sujetos” (Harari, 1995: 26). Que en su nombre se re-conozca y adquiera así su responsabilidad como sujeto del lenguaje *parlêtre*. Se trata de que con el nombre el sujeto reciba un lugar dentro de la cultura.

Dor (2000) menciona que el lenguaje posee la propiedad de representar la presencia de algo real por medio de su propia ausencia. En “Función y campo de la palabra”, Lacan (2007) refiere que es gracias a una palabra que es una presencia hecha de ausencia, que la ausencia misma puede ser nombrada. Con base en lo planteado en el capítulo anterior, el problema de los adictos es que el goce los rebasa, ante la falta estructural, el a-dicto no puede hacer otra cosa que taparla, la sustancia es lo que le permite creer que se anula esa falta. En el lugar de la cosa lo que se encuentra es la droga, la cosa misma que no permite que por medio del significante algo del goce se pierda; lo que se busca es el goce mítico.

El concepto de goce, como ya se pudo revisar, es para Lacan fundamental en toda la estructura del psicoanálisis. El Goce de acuerdo con Morales (2008) es algo de lo que el sujeto no puede hablar, esta vaciado del ser y del pensar. Este

vaciamiento no implica que no haya relación entre lenguaje y goce, sino el límite del lenguaje. “El lenguaje es la frontera que señala el espacio del goce”. De esta forma se puede mencionar que el Goce en tanto inaccesible y que se encuentra del lado de lo que angustia, que es del orden de lo real, sólo puede ser circunscrito y bordeado por la palabra, es decir, a partir de lo simbólico es que algo de lo real se puede saber: “El registro de lo simbólico es lo que agujera lo real y al hacerlo produce un saber que no se sabe. De lo real nada se podría saber, si el significante no lo agujereara. El inconsciente es lo real, lo real; en tanto agujereado” (Morales, 2008: 433).

Nasio (2004), menciona que el psicoanálisis se interesa por el lenguaje, por los momentos en que éste patina y la lengua se trava. Es el punto límite de una palabra, allí donde falla. Es ahí justo donde aparece el goce: en el momento en el cual un paciente es superado por su decir.

Es decir, que únicamente a partir de estos momentos es que algo del orden de lo real del goce se puede saber, pero al mismo tiempo es el lenguaje el que pone un límite al goce; el lenguaje es lo que inscribe al sujeto en lo simbólico.

De lo que se trata en el análisis es que por medio un trabajo acompañado junto con el de las instituciones el a-dicto pueda hacerse un nombre, que lo inscriba de nuevo en el registro de lo simbólico y que el dolor de la existencia en lugar de taparse se pueda hablar. Hacer algo con su síntoma. Y es que “El análisis consiste en dar la palabra al analizante para que con ésta se desanude lo que la palabra (engañosa, censurada, ausente) ha anudado en su historia. La palabra da lugar al

registro de la verdad, irreductible a lo imaginario, del que constituye un más allá” (Porge, 2001: 79).

Es a partir de una escucha, de lo que el sujeto habla que puede comenzar a decir algo de sí que lo coloque de nuevo como sujeto en falta y por lo tanto deseante. Es debido a ese decir que puede crearse un nombre que cambie la etiqueta de “soy a-dicto”, por el nombre propio, por una marca, por un significante que al mismo tiempo lo coloca en un orden simbólico, en el lenguaje, donde algo del goce se puede perder. Sólo así la droga puede dejar de ser anestesia del deseo.

El análisis es la invención de una historia, pero no una historia cualquiera, sino la de cada sujeto, con la cual él puede hacerse un lugar, crearse su propio nombre con lo que ello implica. Es la responsabilidad de cada sujeto de su lugar en la cultura y la producción de su saber. El psicoanálisis precipita una nueva posición frente al saber. Ya de entrada ante la premisa “diga todo lo que se le ocurra” se hace referencia a que el sujeto algo sabe, hay un saber que no se sabe.

Nasio (2004: 178), menciona: “el psicoanalista contrariamente al cirujano que se sitúa ante el cuerpo del enfermo y lo trata como un organismo sin preocuparse por saber si habla o goza, el psicoanalista, por su parte, deberá referirse sin cesar, directa o indirectamente, a estos parámetros constituidos por la palabra y el sexo y, por lo tanto, concebir dos estatutos del cuerpo: el cuerpo hablante y el cuerpo sexual”.

De lo que se trata es que el a-dicto se reconozca, que haya un reconocimiento, acto por el cual alguien es constatado el creador de un nombre. Es hacer valer la

inscripción que el padre no logró heredar en el campo del Otro. Se trata de crearle un síntoma, un *sinthome*, desde el punto de vista lacaniano, el cual le permita no caer en el abismo del goce. El síntoma no se debe pensar como una enfermedad, no es el mal a curar, se trata de que el sujeto sepa hacer algo con él y lo convierta en un saber hacer.

El psicoanálisis propone una forma diferente de tratamiento ante el problema de las a-dicciones y la fisura de los sujetos. De acuerdo con Le Poulichet (1990) cuando la operación de una droga deja de funcionar y ya no garantiza anestesia es cuando un a-dicto recurre a un terapeuta o psicoanalista. Este fracaso no puede considerarse únicamente el resultado de un efecto de acostumbramiento fisiológico. Este fracaso que tiene diferente alcance para cada sujeto, no implica que se detenga el consumo de alguna droga pero sí que en ese momento algo se puede hacer, porque el sujeto a-dicto en ese momento no logra encontrar en la droga lo que tapara su falta, es en ese momento cuando de nuevo se puede hacer algo que lo haga amar la palabra.

Es trabajo difícil, pero que ofrece una manera de abordar este problema, que llegó con la creencia de que las sustancias, incluso la medicina no pueden ser la terapéutica absoluta ante la fisura del sujeto. Que la narcotización no es una solución, que incluso propone la ciencia, ante el dolor humano.

Martinelli & Morales (1998), a lo anterior opinan: “La psiquiatría apuesta cada vez más por una técnica del narcosis, por una instrumentalización de la medicación: allí esta el taffil, el Roipnol, el Prozac” (Martinelli & Morales, 1998: 124). La ciencia

apuesta por una clínica donde el silencio del sujeto predomine, donde el deseo este adormecido, la palabra amordazada y las historias abolidas. El psicoanálisis ante esto debe brindar otra propuesta, ante las diversas modalidades del dolor humano, no se trata de eliminar el dolor de la existencia, sino más bien saber hacer algo con ese dolor, darle un lugar.

Gómez (2002: 13), menciona: “El farmacodependiente lleva inscrito en sus síntomas una forma de decir, de hablar de lo inconsciente, de lo que se dice y de lo que se calla él mismo sin saberlo; porque la clínica psicoanalítica es una práctica de lenguaje, donde se hace indispensable que el paciente emita un discurso, el suyo, en el cual pueda ser interrogada la relación de sí con la supuesta fuente de gratificación”.

El presente trabajo de investigación documental no pretende dar una solución y dejar por cerrada esta cuestión; se trata más bien de complejizar y dejar más preguntas que respuestas que permitan reflexionar sobre la labor que se realiza con los a-dictos. Esta es sólo una manera de apuntar hacia una intervención psicoanalítica con estos pacientes, aun cuando se crea que el a-dicto nada puede saber y decir de sí.

Ha llegado el momento de concluir este trabajo, pero no el tema de la a-dicción, pues la invitación es a escuchar a los a-dictos aun cuando estos no pronuncien palabras, en el acto hay un decir, escucharlos cuando la sustancia deje de tener efecto en el organismo y ya no sea suficiente para anestesiar el dolor, tal vez en ese momento se pueda hacer algo, tal vez ahí puedan volver a amar la palabra.

Para terminar la siguiente cita de Morales puede ilustrar algo de lo que este trabajo pretende invitar:

“Analizarse es llevar al síntoma a un saber hacer con él, como la araña hace de su propia baba un tejido maravilloso que le sirve no sólo para habitar, sino también para luchar. Quizás analizarse sea hacer de la propia saliva, que a veces escurre, una lluvia de letras que abra surco en el duro, y a veces seco, campo del Otro” (Morales, 2008: 443).

CONCLUSIONES.

A partir de la realización de este trabajo se puede observar que las drogas han sido parte de la vida humana en diferentes épocas y que la concepción acerca de su consumo también se ha ido modificando, pasando de lo divino a lo demoniaco o como un producto resultado del avance científico y del mercado.

Aún con todas estas transformaciones prevalecen dos aspectos esenciales que se logran observar durante el primer capítulo:

- Existe una constante y es la necesidad de modificar el estado de ánimo y percepción con objetos de consumo.
- A través de la historia se muestra que el lugar que ocupan las drogas en el deseo de cada sujeto va más allá de la sustancia activa que puede causar o no dependencia.

De esta manera las sustancias voladoras en la Edad Antigua estuvieron ligadas ampliamente a lo divino. Este contacto divino era visto en forma de sacrificio. Se trataba de un acto de comunión de un dios encarnado en una planta, considerado un regalo de los dioses a la humanidad.

Con el paso del tiempo en la Edad Media su concepción fue modificada, las sustancias psicoactivas se desvalorizaron debido al temor por el envenenamiento y la entrada del cristianismo. Durante este periodo se considero que todo lo que

ayudara a aliviar el dolor resultaba una ofensa a dios, pues el mandaba el sufrimiento y la mortificación versus el placer y la voluptuosidad y cualquier medio que permitiera entrar en estos estados de euforia eran considerados un pecado. Ante esto el uso de las drogas estuvo ampliamente ligado a la brujería y lo demoniaco, por lo que su consumo fue severamente castigado. Aun así las drogas tuvieron un papel importante pues eran la vía de escape ante la represión que se viva en esta época, una manera de rechazar lo que dictaminaba la religión.

Con los avances y progresos científicos las drogas comienzan a comercializarse activamente. La farmacología descubre la sustancias activas de las drogas por lo que su disposición se hace más factible a las personas y esto conlleva a que devengan como algo necesario que ayuda a hacer frente a los cambios políticos, económicos, sociales y emocionales.

Es decir lo que muestra la historia es que mas allá de las transformaciones acerca de la concepción que se tiene de las drogas a lo largo de los años, lo que prevalece es el lugar que el sujeto le otorga en su deseo y esto va más allá de la dependencia fisiológica. Aunado a esto se encuentra la necesidad de querer escapar de lo que el mundo muestra. Parece que la droga es ese objeto que ayuda a tapar/cegar lo que del mundo nos angustia y no se quiere ver. Resultan medios para hacer llevadera la vida, al menos por un instante, ya sea por cuestiones divinas, demoniacas o científicas.

Y es justo porque se puede tapar algo, cegar adormecer o desubjetivar, que la droga puede vincularse con el goce. La droga es eso que permite tapar una falta

estructural, esa que ordena desear. Así el deseo se disfraza de necesidad en el organismo. Al quedar solo necesidad en lugar de deseo, se pierde el significante que hace del viviente un sujeto deseante, ese significante que lo coloca en un mundo simbólico. El deseo inconsciente jamás se cumple, lo que hace su búsqueda incesante y de esta manera lo que se evita, es caer en un goce absoluto. La droga opera como ese objeto que permite un corto circuito con el goce. El goce es eso alejado del significante de la palabra, es lo que supone el sufrimiento, la desmesura, el exceso, es lo que tiene que ver con la pulsión de muerte que insiste a cada momento, es lo que hace que el cuerpo, lo único de lo que se puede gozar se muestre en la miseria, esclavizado a un objeto que se trafica en el mercado; donde lo que queda es la renuncia a la palabra porque al someterse a una sustancia que no escucha ni pide nada, que no ordena desear, la palabra pierde el sentido y el deseo es abolido por el goce. Es de esta manera es que se puede hablar de a-dicciones, a-dictos, pues lo único que se muestra es puro cuerpo que metaboliza sustancias.

Frente a esto que cada día surge con mayor frecuencia, este estudio apuesta por un trabajo en conjunto con las instituciones encargadas de la salud. Se trata de una escucha desde el psicoanálisis que acompañe a lo que ya está estructurado en el ámbito de las a-dicciones. Esta investigación propone lo que Lacan escribió acerca del *sinthome* y del nombre propio en la clínica.

La invitación es a escuchar a los a-dictos aun cuando se crea que nada pueden decir de sí. La apuesta es a que ellos a partir de un trabajo analítico puedan ir

creando ese cuarto lazo, ese *sinthome* que permite el anudamiento entre los tres registros (Imaginario, Simbólico y Real) a partir del nombre propio. Se trata de la creación de un síntoma que les permita no caer en el abismo del goce. Parece que de lo que se trata es de enfermarlos, y si, hay que enfermarlos de palabra, de significantes, justo cuando la droga falla y ya no opera de la misma forma que al inicio, justo cuando ya no permite una salida instantánea, ahí en ese momento tal vez los a-dictos puedan volver amar la palabra.

Se trata de hacer un síntoma como Joyce y su escritura, que fue lo que le permitió no caer en el abismo del goce absoluto llamado locura, y por el contrario le permitió de hacer- se un nombre y ser reconocido y re-conocerse.

De eso se trata, de que los a-dictos a partir de un trabajo analítico puedan reconocerse, nombrar-se, llamar-se, de nuevo ser sujetos de la palabra, sujetos deseantes. El psicoanálisis brinda una propuesta ante la falta estructural y el dolor de la existencia y es no amordazar la palabra, si no por el contrario darle un lugar y una escucha a cada historia.

Sin embargo, como todo no se puede decir, tan solo apalabrar algo, una limitante de esta investigación documental es que solo hace un señalamiento de un posible trabajo con a-dictos, haría falta realizar una investigación más exhaustiva al respecto. Empero, esta falta o limitación hace que el deseo continúe en lo que refiere a este tema, que la falta no cese.

REFERENCIAS.

- Benítez, F. (1969). *Los hongos alucinantes*. México: Era.
- Bicecci, M. (1999). *El cuerpo y el lenguaje en: La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*. México: Siglo XXI.
- Bleichmar, H. (2006). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Brau, J. L. (1972). *Historia de las drogas*. Barcelona: Bruguera.
- Braunstein, N. (1997). La clínica en el nombre propio en: *El laberinto de las estructuras*. México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (2006). *El goce: Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Chemama, R. & Vandermersch, B. (2004). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Courtwright, D. (2002). *Las Drogas y la formación del mundo moderno. Breve historia de las sustancias adictivas*. Barcelona: Paidós Contextos.
- Davenport, R. (2003). *La búsqueda del olvido. Historia global de la drogas 1500-2000*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Diccionario de la Lengua Española. www.rae.es. Recuperado el 04/10/2010

- Diccionario de Medicina Océano a Mosby (1996). Barcelona: Océano.
- Dor, J. (2000). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje*. México: Gedisa.
- Dor, J. (2003). *Introducción a la lectura de Lacan II. La estructura del sujeto*. Barcelona: Gedisa.
- Encuesta Nacional de Adicciones (2008). <http://www.conadic.gob.mx/>
Recuperado el 15/04/2011
- Escohotado, A. (1998). *Historia general de las drogas. Incluyendo apéndice y fenomenología de las drogas*. Madrid: Espasa Calpe.
- Freud, S. (1986). *Más allá del principio del placer (1920)* en: *Obras Completas*. Tomo 18. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986). *El malestar en la cultura (1930)* en: *Obras Completas*. Tomo 21. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gerber, D. (1999). *La represión y el inconsciente en: La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*. México: Siglo XXI.
- Gómez, V. (2002). *La función paterna en la farmacodependencia: una aproximación desde el psicoanálisis*. Tesis de Maestría. Facultad de psicología. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Harari, R. (1995). *¿Cómo se llama James Joyce? A partir de "El sinthoma" de Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Hodgson, B. (2004). *Opio: un retrato del demonio celestial*. México: Océano.
- Hofmann, A.; Ruck, C. & Wasson, G. (1985). *El camino a Eleusis: una solución al enigma de los misterios*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. *Seminario "La Identificación"*. Seminario inédito del 10 de enero de 1962.
- Lacan, J. (1989). *Seminarios libro 20. Aún (1972-1973)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006). *Seminarios libro 23. El Sinthome (1975-1976)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2007). El estadio del espejo como formador de la función del Yo (Je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica en: *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2007). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis en: *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Le Poulichet, S. (1990). *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- López, H. (2003). *Las adicciones, sus fundamentos clínicos*. Buenos Aires: Lazos.
- Martinelli, M. & Morales, H. (1998). Caleidoscopio de la ebriedad. Freud, la cocaína y el nacimiento del psicoanálisis en: *Las suplencias del Nombre del Padre*. México: Siglo XXI.

- Miller, J. & Laurent E. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.
- Milmaniene, J. (1995). *El goce y la ley*. Buenos Aires: Paidós.
- Morales, H. (2008). *Sujeto y Estructura*. México: Ediciones de la noche
- Nasio, J. D. (2004). *Cinco Lecciones sobre la Teoría de Jacques Lacan*. México: Gedisa,
- Orvañanos, M. T. (1998). El autoretrato en Egon Schiele. Un *Sinthome*- una creación en: *Las suplencias del Nombre del Padre*. México: Siglo XXI.
- Porge, E., (2001). *Jacques Lacan un psicoanalista. Recorrido de una enseñanza*. Madrid: Síntesis.
- Recalcati, M. (2003). *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*. Madrid: Síntesis.
- Rodríguez, J. A. (1996). *¿Por qué nos drogamos? Del poder y otras adicciones. Estudio psicoanalítico*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Schivelbusch, W. (1995). *Historia de los estimulantes: el paraíso, el sentido del gusto y la razón*. Barcelona: Anagrama
- Valek, G. (1999). *Las drogas*. México: Tercer Milenio.
- Vera, O. (1988). *Droga, psicoanálisis y toxicomanía. Las huellas de un encuentro*. Buenos Aires: Paidós.

Walton, S. (2005). *Una historia cultural de la intoxicación*. México: Océano